

Nº 6
JUAN C. BLANCO ACEVEDO

NARRACIONES

PRÓLOGO DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ



MONTEVIDEO

IMPRENTA DE DORNALECHE Y REYES

Calle 18 de Julio, 77 y 79

1898

Al Señor Doctor Don
Juan Meléndez Napier

de su admiración

J. C. B. de la Cruz
Comodoro de la Armada

NARRACIONES

6,
/

JUAN C. BLANCO ACEVEDO

NARRACIONES

PRÓLOGO DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ



B. 1089
MONTEVIDEO

IMPRENTA DE DORNALECHE Y REYES

Calle 18 de Julio, 77 y 79

1898

81.307

PRÓLOGO

PRÓLOGO

La condición novel del autor de la presente colección de NARRACIONES, — primera obra suya que se lanza, como fruto de una temprana adolescencia, á los azares de la publicidad, — no justifica en este caso la oportunidad de un prólogo que la preceda en el ánimo del público y sea á la manera de una consagración caballeresca de las armas que van á probarse en el esfuerzo del torneo. Bien puede el joven escritor avanzar decididamente á reclamar su puesto en el escenario intelectual de la República, con la seguridad de que, como en el caso de los justadores que ya han obtenido el derecho de usar lema y empresa propios, no será necesario para provocar el interés sobre la primera demostración de esas armas que se inician, la intervención del heraldo que invite á presenciirla. Juan Carlos Blanco Acevedo lleva impreso, entre las sílabas de su doble apellido, lo que llamaría Charcot el *estigma* del talento.

Su voz, que hemos oído resonar elocuentemente alguna vez, en horas de expansión patriótica, despertando en nosotros como el eco y la representación de otra elocuencia muchas veces admirada, va ahora á difundirse más lejos; no propagada ya por las ondas sonoras que desenvuelven una red de entusiasmo y simpatía en torno del que habla y llevan de uno en otro espíritu el contagio de la emoción; sino por el medio, más durable, de la página impresa, que vincula á sus signos inmóviles y fríos, pero constantes, el poder de conceder á la obra de la inteligencia el dominio del tiempo y destacarla sobre la fugacidad de la onda que se apaga en los aires.

Ha escogido, para su revelación de escritor, la forma de la narración; con lo que, además de seguir las disposiciones naturales de su talento, prueba tener un claro sentido de las actuales exigencias de la producción literaria; porque yo creo que la narración, — y muy singularmente la que se desenvuelve con la amplia y fecunda libertad de la novela y el cuento, — no ha perdido ni lleva trazas de perder todavía, entre los géneros de literatura, la superioridad jerárquica que, por su mejor adaptación á las oportunidades del espíritu contemporáneo, fué conquistada para ella en las épicas jornadas del naturalismo. El gran maestro de esta escuela, — para la que nuestra generación literaria ha adoptado en América, quizás con un poco de precipitación, los aires desdeñosos que los adolescentes salidos del estreno de *Hernani* tenían para las momias de la retórica antigua, — señalaba, no ha mucho, una evidente desventaja de las es-

cuelas posteriores, en su olvido ó su desconocimiento de la importancia real de la narración, como «la forma más comprensiva, más cómoda y más amplia de la retórica moderna.» Debemos, pues, calificar de feliz la elección de los rumbos que al desenvolvimiento de su vocación literaria ha fijado el autor de estas NARRACIONES. Y llegando á la apreciación del desempeño, debemos empezar por alabarle una condición cuyo valer y significado quizás él mismo no avalore suficientemente todavía, pero que es la que da carácter á su libro, y la que, más que ninguna otra, nos permite presagiarle una fisonomía literaria original, si es que el andar del tiempo no modifica las inclinaciones nacientes de su gusto.

Me refiero á la completa inmunidad de todo artificio y de toda afectación que ha logrado mantener en páginas escritas en medio de las influencias tenaces de una época de artificio; aludo al vivo sentimiento de la sencillez que transparentan su estilo y su manera de narrador.

Un crítico sagaz me escribía, tal vez no infundadamente, hace poco: «Todo libro juvenil que no esté penetrado hasta la médula por algún alambicamiento de mal género, significa un hallazgo en la presente bibliografía americana.»—Y cualquiera que sea para nosotros la hipérbole de esa afirmación, es imposible desconocer que vivimos literariamente en una época de bizantinos.—La escuela literaria que hoy domina en América, como un compuesto extraño de mil influjos diferentes, nos lleva á una inmoderada avidez de la sensación desconocida, de la impresión nunca gustada, de lo

artificial en el sentimiento y en la forma; y éste es tal vez su único carácter de uniformidad. — Nos hemos olvidado de que lo artificial es mal remedio del hastío, — tanto más cuando el hastío es prematuro; hemos vuelto la espalda á la Verdad; y por una injustificable aberración, constituimos un grupo literario que desconoce la impresión franca de la vida, escribiendo en medio de la incipiente embrionaria de nuestras sociedades y frente á las vírgenes galas de nuestra Naturaleza. — Tenemos en la realidad un mundo nuevo, en el que resplandece todavía — como la humedad del hálito creador — la frescura de las cosas; y llevados por nuestro afán de falsificar sobre él la pátina del tiempo, lo hemos cambiado, en una verdadera permuta de salvajes, por un mundo de convención. Nuestros ojos hastiados no se satisfacen ya sino con las irrisaciones raras del crepúsculo, en que el prisma parece ebrio; las voces graves y sencillas con que la naturaleza habla al sentimiento de los hombres, han dejado de tener encanto para nuestro oído; nuestro entusiasmo es menos por lo bello que por lo excepcional; y á pesar de las protestas de nuestro gusto, sentimos que nuestro espíritu se va irresistiblemente tras el juglar que invente la contorsión más atrevida y más extraña. — Hemos querido formarnos para el arte una organización de aventureros y un paladar de sibaritas. Hemos llegado á la insensatez en el propósito de hacer nuestro ese calumniado decadentismo literario, que adquiere tintes de parodia al combinarse con los rasgos aldeanos de nuestra literatura; árbol exótico trasplantado á un tiesto pigmeo, como el baobab de

Tartarín. — No debemos arrepentirnos de haber contribuído á propagar lo que ha pensado y sentido el alma contemporánea después que el naturalismo vió pasar sus «tiempos heroicos», y por mi parte encuentro intacto mi entusiasmo para recoger y difundir, como antes, la buena simiente del espíritu nuevo; pero la sinceridad nos obliga á reconocer que, por haber prosperado menos la simiente buena que la mala, la cultura literaria de nuestros pueblos va en camino de convertirse en lo que llamaría Guyau una literatura de *insociables*, de neurópatas, de degenerados. . . . Hay una entraña enferma en esta novísima literatura de América, pálida y precoz, que ha gustado á destiempo todas las quintaesencias y todas las intemperancias de la vida; y es necesario que la regeneremos por la virtud del aire puro y le devolvamos el sentimiento de la sencillez.

En tiempos de deliberada rareza literaria, ser original es ser sencillo; la nota personal se manifiesta entonces renunciando á las vesanías y las extravagancias que haya puesto en moda el Pannurgo de la época, de la manera como suele manifestarse el buen tono por la renuncia á las galas que se han hecho patrimonio de la vulgaridad. Un libro ingenuo y penetrado del sentimiento de lo sobrio y sencillo, esconde, con relación al gusto de nuestro tiempo, la verdadera sorpresa, *el temblor nuevo*, el verdadero golpe inesperado; y es un espíritu suficientemente dotado de energía para resistir al rasero del ambiente el espíritu capaz de escribirlo. — Si en la «manera» de estos cuentos puede descubrir, frecuentemente, un espíritu ob-

servador, el anuncio de una *personalidad*, lo deben á que no se parecen en nada á los que, torturando desesperadamente la forma, la sensación y el sentimiento, incuban todos los días las tendencias en boga, y á que los defectos que en ellos señalaría cualquier falsificado *boulevardier*, de los que pululan en nuestras revistas de América, son precisamente el germen de las cualidades que, vigorizadas por la definitiva constitución de aquella personalidad, preservarán al autor del contagio de las afectaciones que constituyen hoy el «*mal de muchos*.» Éste es un libro sano que viene á ocupar su puesto en una época literaria en que abundan libros enfermos, y en que las obras de los hombres nuevos de América suelen dejarnos esa impresión de inconveniencia que causa ver la palidez de la fiebre en la frente de los niños.

Apreciando como la condición más hermosa de estos cuentos la impresión de frescura que se desprende de su ingenuidad y de su sencillez, yo me considero personalmente tanto más autorizado para encomiarlos por lo mismo que á mí me ha tocado defender frecuentemente la legitimidad literaria de lo refinado y lo complejo. Y la sencillez de la composición y de la idea se complementa exteriormente por la fácil espontaneidad de la expresión, que no es en literatura «manjar de mesas pobres» ni condición frecuente de encontrar en los que hacen sus primeras armas, y que ha de proporcionar al autor, depurada por el tiempo, las ventajas de ese grande arte de la *naturalidad exterior*, no concedido á muchos de los más jurados naturalistas, pero sin el cual no hay narración

que tenga las apariencias de la realidad ni que se imponga con el poder del sentimiento verdadero; porque la naturalidad es como la superficie tersa y límpida en que se condensa visiblemente el aliento del alma del escritor.—Lejos de mí las complacencias para con el desaliño; y muy lejos, aquel ideal del modo de escribir que Anatole France expresaba lamentándose de que no se hubiera inventado la *precipitación* directa del pensamiento, de uno á otro cerebro, sin la interposición del velo que adoramos todos los que tenemos un poco la superstición de la forma. La sencillez es amable en cuanto significa el amor á la palabra sincera; pero no excluye, por cierto, la vivacidad del color, que es á menudo el signo externo de la vida, ni la esbelta limpidez del contorno. La espontaneidad es una cosa llena de gracia; porque, por ella, nos impresiona el estilo como un organismo que desempeña la ley de su naturaleza; pero no debe conducirnos jamás á preferir sus facilidades, á menudo engañosas, á las porfías de esa lucha hermosa y viril que empeña con el material rebelde el espíritu enamorado de la perfección, hasta someterlo y rendirlo en medio á los transportes del entusiasmo que enajenaba al alma de Flaubert con las voluptuosidades heroicas del esfuerzo. Comparando las páginas de más antigua data de este libro con las que lucen la elegante facilidad de *El Jefe Muerto* y *Marcos Pérez*, no es cosa difícil advertir cómo nuestro joven cuentista concede un progresivo valor á las condiciones del estilo y cómo ha llegado á ver con claridad que, si el valor genérico del cuento está ante todo en el

valor de la narración, la narración es una imagen en mal espejo sin la nitidez y la donosura de la forma. «El estilo sobre la idea, ha dicho Hugo, es el esmalte sobre el diente.» Y para la eficacia de la observación, para la fuerza del análisis, no son en manera alguna, indiferentes los dones del estilo. Muerde más hondo el diente que guarda firme y límpido su esmalte!

Es otra condición plausible de este libro, y otra muestra de acierto que da el autor en la elección de sus rumbos, la preferencia otorgada á aquellos temas que acusan la observación de nuestras cosas propias y el propósito de buscar, para el arte que las refleje, el sello de una relativa originalidad.

Creo que no pueden tenerse sino aplausos y estímulos para este propósito, aunque él haya servido y sirva todavía, en las letras de los pueblos del Plata, para escudar muchos localismos quiméricos. — Poco avenido con apasionamientos que considero enteramente pueriles, en el modo de interpretar la actual posibilidad de una autonomía literaria americana, me encuentro muy dispuesto á reconocer que, dentro de todo plan racional de nuestra literatura, habrá siempre interés y oportunidad para la expresión de las peculiaridades regionales de nuestras costumbres y nuestra naturaleza; para el reflejo de las formas originales de la vida en los campos donde aún lucha la persistencia del retoño salvaje con la savia de la civilización invasora, y para la evocación de los despojos vagos del pasado con que, á fin de decorar los altares del culto nacional, teje la tradición la

tela impalpable de las leyendas.— No ha de negarse por esto que la cultura de la vida de ciudad reclamará progresivamente entre nosotros, del escritor y del artista, una profunda atención para sus necesidades espirituales, que son, no las de los habitantes de una determinada latitud de la tierra, sino las de todos los pueblos unidos por el genio y el espíritu de una misma civilización; y que más que por la exactitud del colorido local que imprimamos á la descripción y al relato en nuestras obras, ha de estimársenos y leérsenos, á medida que nuestros pueblos avancen, por lo que llamaba Ixart la *vitalidad intelectual* de los asuntos. Pero sean cualesquiera las modificaciones con que el tiempo, que es un caviloso escultor que nunca llega á estar en paz con sus mármoles, altere en nuestra sociabilidad los rasgos que aún duran de su fisonomía originaria, hay una irresistible necesidad de poesía que nos llevará á volver de vez en cuando los ojos, para considerar, en el fondo del desierto, las cosas que desaparecen, la hermosa vida que se va; tanto más bella y más llena de gracia y de luz para nosotros, á medida que nos envuelva en nieblas grises esta prosa de la civilización que, según decía tristemente Gautier, «priva á los vicios y las virtudes humanos de formas y contornos.»— Y es así que, junto al poeta que nos hable, en el lenguaje de los cinceladores y los refinados, de las cosas hondas del espíritu, aceptaremos siempre al que recoja, de manos de los últimos *payadores* que pasan, el legado de las trovas plebeyas, para urbanizarlas y traducir el sentimiento que las anima á nuestro modo de hablar,

como los poetas de Castilla hicieron con los versos huraños y balbucientes de los Romanceros; y junto al novelador que haga de su arte un instrumento de análisis sutil para profundizar en las intimidades de nuestra alma, aceptaremos también al que reproduzca, en animados cuadros de género, las originalidades de la vida regional, y al que nos dé la leyenda del pasado que evoque á nueva vida las sombras de la tradición y del recuerdo; la leyenda en cuyo seno se perpetúe la repercusión del galope de la *montonera* al través de las calladas soledades, y que modele en bronce la escultura heroica del gaúcho.

¿Cómo negar derechos al arte y á la poesía para que detengan en medio del desierto á ese interesantísimo desterrado que no volverá, cuando aun sin los prestigios y las iluminaciones del arte él había de parecer algún día legendario, por la novelesca inverosimilitud de su hermosura? El gaúcho es, para cualquier artista observador, una realidad que ostenta á *flor de aire* — casi sin corteza prosaica — su porción natural de poesía. Hegel hubiera reconocido en él la plena realización de aquel carácter de libérrima personalidad, de fiera altiva y triunfante, que él consideraba como el más favorable atributo del personaje que ha de ser objeto de adaptación estética: — el que palpita en la indómita poesía de *Los Bandidos* del trágico alemán y refleja su luz sobre la frente de los héroes satánicos de Byron; y en su porte, ya heroico y arrogante con la dominadora serenidad de una estatua clásica, ya apasionado y melancólico como una estampa de Deveria, señalará el porvenir uno

de los más felices é inspirados modelos que el genio de la especie haya impuesto jamás á las manos creadoras de la vida.

La ola que avanza proscrib[e] inexorablemente de nuestra sociabilidad, al gaúcho, « como fueron eliminados de otros teatros, *el moxárabe de España y el normando de las costas francesas*; » pero antes que él haya desaparecido del todo, el arte de América debe recogerlo cariñosamente en su regazo, recordando que el arte es, en medio de las actividades de la vida, una región de inmortalidad y de paz, á la que el filósofo de la evolución concede el dominio indisputado de las cosas que han dejado de ser reales. Y Juan Carlos Blanco Acevedo tiene conciencia de esta obra de piadosa rememoración que toca desempeñar á los que tienen, entre nosotros, la paleta del artista ó del escritor, cuando consagra á la descripción de las postreras manifestaciones de la sociedad que personificaba el gaúcho, las páginas más sentidas y hermosas que debemos á su talento de cuentista.

El escenario de la guerra puede reputarse indispensable, para los fines del arte que aspire á una significativa y plena exhibición del viejo dominador de nuestros campos; y quiere nuestro mal que, comprendiéndolo así y para estudiarle y reproducirle, como conviene, en la actitud guerrera y rodeado de heroicos atributos, el joven escritor no haya necesitado acercarse á despertar, en el regazo del pasado, el sueño de las cosas, porque por el procedimiento esencialmente realista de la observación y de la narración contemporánea, ha podido, más directamente, obtener para sus cuentos

el interés dramático de las escenas de la guerra civil.

Agradecemos al imaginador de *Carmelo* y *Marcos Pérez* estas páginas vivas incorporadas por su sagacidad de observador á los inagotables episodios de nuestro romance guerrero, que es, por excelencia, el de nuestra realidad y nuestro infortunio; pero confiemos en que la actualidad, aún palpitante, de esos motivos que le inspiran, habrá pasado pronto; é imaginémoslo en el futuro renovando la caja de colores de su narración, para sorprender, en la profundidad de los campos, ya entregados á los dones generosos de Ceres, la poesía de la labor y la paz, — las Geórgicas americanas con que Bello soñaba en los tiempos en que cruzaba por el suelo de América la grande alma de Humboldt, — la literatura del trabajo bendecido por Dios y la Naturaleza, donde, como en la *Evangelina* del Norte, aparezcan los triunfos incruentados de la voluntad, las límpidas surgentes del sentimiento, las suavidades del idilio, los *apacibles sueños no inquietados*. . . . ¿No tiene en nuestro propio tiempo, la labor que festeja sus desposorios con nuestros campos incultos, y hace retroceder la barbarie primitiva, cosas hermosas que observar y describir? Yo creo que desde que el maestro de Medán lanzó una injuria genial sobre la frente de *la Tierra*, es deber de escritores desagradar y honrarla á menudo, en todas partes, con la idealización de su bondad y su generosidad de madre próspera!

Sobre la mesa en que escribo veo destacarse los colores vivaces de las cubiertas de libros nuevos,

en los que han llegado hasta mí algunas de las recientes manifestaciones del pensar y el sentir de la juventud americana; y por una fácil asociación, ellos me inducen á relacionar nuevamente la publicación de esta obra con el aspecto general del movimiento de publicidad á que ella viene á incorporarse.—Es, con frecuencia, un animado é interesante movimiento.—Yo tengo profunda fe en la gloria intelectual que el porvenir reserva á la generación que se levanta en nuestros pueblos, á pesar de todos los extravíos, que he sido tan duro en censurar, de sus ideas literarias. Ellos significan, apenas, el triunfo de la moda; y la moda, á quien por algo llamó Leopardi «hermana de la muerte,» es incapaz de vivificar nada que dure. El decadentismo es en nuestra casa un huésped incómodo, al que debemos soportar con paciencia porque pasará. Y entre tanto, no es la vitalidad de la mente y el corazón lo que nos falta, sino la norma, la inspiración que la someta y sepa hacerla fecunda; el cauce donde se vuelque la corriente, hoy perdida, porque no se conducen las fuerzas humanas con habilidades de juglar ni con guñapos de colores. Cuando todo eso haya pasado; cuando ante nuestros ojos flamee una gran bandera de esperanza; cuando un nuevo y generoso entusiasmo, rehabilitándonos para el trabajo y para la acción, disipe en torno nuestro el frío de la incertidumbre y de la duda, á cuyos pechos todas las cobardías morales se alimentan, —entonces hallaremos que hay luz y hay energías en el escenario de la América para vivificar un gran florecimiento literario.

Yo recuerdo á menudo que en los Juegos Florales de 1881, donde fué coronado el poeta de la *Atlántida*, la palabra elocuente del doctor Avellaneda resonaba para pedir, como una consagración de la unidad de la raza española en este Continente de sus esplendores futuros, una grande institución literaria que, á semejanza de los concursos y los juegos de la Hélade antigua, abriese al genio y al estudio un vasto teatro de expansión, con auditorio de cuarenta millones de hombres, desde el Golfo de Méjico hasta las márgenes del Plata. En presencia de las fuerzas nuevas que, á pesar de todos los extravíos y todas las perversiones de las ideas literarias, vemos alzarse cada día para vigorizar, para esclarecer el cerebro de nuestras repúblicas, yo he pensado más de una vez si no está cercana la hora en que una grande institución de ese género prepare, por la unidad de los espíritus, el triunfo de la unidad política vislumbrada por la mente del Libertador, cuando soñaba en asentar sobre el istmo que enlaza los dos miembros gigantes de la América y separa las aguas de sus Océanos, la tribuna sobre la que se cerniese el genio de sus democracias, transfigurado por la gloria del trabajo y de la paz. Para la reconstrucción de las dos nacionalidades de la Europa que han conquistado y consolidado su unidad en nuestro siglo, el verbo literario fué el obrero de la primera hora, poniendo en labios de los poetas la inspiración severa de los héroes y los estadistas á quienes tocaba esculpir la imagen de la utopía en el bronce rebelde de la realidad; y el verbo de nuestros poetas y nuestros escritores

puede desempeñar en la actualidad de la América una obra semejante, para preparar aquel trabajo de Hércules del porvenir del Nuevo Mundo.

Seamos osados á decir que en el conjunto de la anfictionía literaria de América, nuestro país haría destacarse con rasgos propios el boceto, ya enérgico, de su personalidad intelectual. Yo no he podido saborear mejor las voluptuosidades de la emoción patriótica, que cuando, de climas extraños, y de maestros que merecen respeto, he recibido la afirmación de que ellos ven y reconocen, en las actuales manifestaciones de nuestra actividad literaria, cosas que no es fácil hallar en la de nacionalidades de América dotadas de mayor caudal acumulado de cultura y de abolengo intelectual más antiguo.—Había en nuestro pasado dos épocas caracterizadas por un anheloso despertar de las energías de la mente, y dos generaciones que singularizaron su vida literaria por la fuerza de la iniciativa y del entusiasmo: — La que en tiempos heroicos, bajo los fuegos de la guerra, mantuvo dentro del recinto de Montevideo una condensación gloriosa de la cultura proscripta, en vasta zona, por la tiranía; improvisando, con encantadora despreocupación, *convites* de atenienses dentro del marco de bronce de una acción espartana. Y la que, venida cuando la paz ahuyentaba en 1872 la terca jauría de los odios, hizo el «Club Universitario», y tuvo su período de gloria intelectual en las memorables jornadas del «Ateneo»: de ese «Ateneo» que, antes de ser un fatigoso esfuerzo de la piedra, fué una hermosa forma de la vida. — Es el que nos ha deparado la suerte, un

tercer período de animación y de renovación en la vida de la inteligencia; de vistosos colores que ondean para el torneo; de revelaciones de luz; de horizontes nuevos que se abren. A este tercer período viene á incorporar la fuerza y el entusiasmo de su espíritu joven el autor de estos cuentos, que son una gallarda iniciación, y nosotros lo recibimos en nuestras filas como al soldado que tiene porte de bravo.

Las ventajas de la época literaria que va á contarle entre sus elegidos, son, en suma, las de un ambiente más conciliable que el de las anteriores con el sentimiento del reposo y con la serenidad en el trabajo. Aquellos que nos precedieron fueron llevados por la necesidad suprema de la acción y la lucha á mezclar un poco de la levadura amarga de la pasión, un poco de las cosas fugaces y los afanes interesados de cada día, en cada página suya que lanzaron, sin tener, sino muy raras veces, en el alma, el pensamiento de la posteridad. Su literatura fué milicia; y se la podría simbolizar en aquel cóndor que, según contaban los viejos soldados de San Martín, precedió una mañana, atraído por el radiante lucir de las armas y las banderas, y llenando el aire de clamores, la marcha del ejército libertador por los barrancos y las cumbres de la Cordillera. — Al través de las vicisitudes de la guerra civil y de la organización, ella siguió siendo, en una y otra margen del Plata, lo que había sido en el transcurso de la Revolución de 1810, lo que había sido para acompañar con los cantos de Juan Cruz Varela la obra regeneradora de Rivadavia; literatura de

agitadores, de propagandistas y de ciudadanos, como aquella que programaba en medio de las austeridades del Directorio el alma apasionada de Mad. de Staël. — Nosotros hemos formado en nuestro espíritu un concepto más puro de la naturaleza del arte y una idea menos guerrera de la función social del escritor; y si en la obra de nuestros contemporáneos es cosa fácil señalar mayor suma de elementos sólidos y duraderos, no es ciertamente por nuestra superioridad de fuerzas propias, sino porque, merced á la diferenciación que trae por consecuencia todo proceso evolutivo, las luchas de la vida real han llegado á tener su campo aparte, y dejan, fuera de ellas, suficiente amplitud para el libre campear del pensamiento.

La obra de mayor arranque genial que las generaciones del pasado hayan transmitido á las nuestras, en los pueblos del Río de la Plata, es seguramente el *Facundo*; y el *Facundo*, en el que nosotros reconocemos á la vez el más poderoso esfuerzo aplicado á desentrañar la filosofía de nuestra historia y la más original creación de nuestro arte, era además y ante todo, para los contemporáneos, un panfleto: un panfleto en el que se les concitaba para la obra de regeneración, bajo apariencias de la más admirable literatura; de la manera como la idea redentora de Lincoln debía tener su más eficaz propagación en el poder conmovedor de un romance y como se encaminó á las almas bajo las galas del arte dramático de *Los Girondinos* el numen auspicioso de una revolución. — La literatura se ha emancipado en nuestro tiempo, del diario y del panfleto; los estreme-

cimientos de la máquina de imprimir no anuncian sólo una pasión que marcha á llevar su fuego á los espíritus, y la frecuente aparición de libros como éste es ya esperada como la florescencia natural de una planta definitivamente aclimatada.

¿Diremos que no esconde peligros, esta nueva orientación del espíritu literario en nuestros pueblos, que se manifiesta progresivamente por el florecimiento de los géneros más desprendidos de toda idea ó sentimiento de utilidad? Una de las pocas tendencias que contribuyen aparentemente á imponer cierta unidad de escuela, cierto carácter de uniformidad á nuestro modernismo americano, está sin duda en una concepción del arte y de la poesía en absoluto opuesta á toda objetividad didáctica ó social, esencialmente reñida con todo propósito de cuestionar á la belleza literaria la libertad ó la voluntariedad de sus vuelos para someterla á fines que no sean los del libre imaginar y el arte puro. Hemos celebrado como un progreso, la emancipación que las preocupaciones puramente ideales de nuestra mente han conquistado respecto de actividades más prosaicas de la vida; y debemos reconocer, además, que aquella tendencia de nuestros modernistas de América tiene en principio una justificación que ninguna estética de buena ley será osada á negarle. — Pero yo encuentro riesgos que es necesario prevenir, en este sistemático alejamiento, del escritor y del poeta, de las regiones donde se trabaja y se lucha. — Si en nuestro tiempo la obra que aspira á ser considerada, ante todo, como cosa de arte, ha dejado de ser un organismo parásito que medre á favor de

la propaganda y de la acción, y ha creado raíces para vivir de savia propia; si el acento del poeta no ha de ser ya entre nosotros como el épedo que responde líricamente á la arenga tribunicia ó como el vaso de bronce donde se amplifiquen las resonancias del combate, la expresión literaria no puede condenarse tampoco á la calidad de una forma cincelada y vacía renunciando á toda solidaridad y relación con las palpitantes oportunidades de la vida y con los altos intereses de la realidad. Lo ha comprendido bien el autor de esta colección de NARRACIONES; y así, no será lícito culparle de indiferencia ó de desvío respecto á la realidad que lo rodea, pues sin necesidad de declamaciones inoportunas, de la manera propia del arte, sus cuentos nos hacen pensar en muchas de las cosas que más torturan y acongojan nuestro espíritu en las presentes condiciones de nuestro estado social; y prestándose en ellos enérgico relieve al dolor que nace de la guerra y el odio y á la hermosura de la vida fecundada por la concordia y el amor, ellos dejarán en los ánimos una emoción que no ha de ser perdida para aquella obra de paz, de sociabilidad, de simpatía, que la mente evangélica de Guyau consideraba el ministerio moral de todo arte digno de almas serias.

Place encontrar lo bueno bajo las frondas de lo hermoso. Algo del sentimiento de piedad, de la tácita y dulce conmiseración, que es nota tan frecuente de hallar en los cuentistas ingleses, por los desheredados y los derrotados de la vida, deja un perfume grato al alma en las páginas de *Noche buena*, la *Historia de un pescador* ó *Tower-Ville*.

¿Será verdad — como todos nos inclinamos á pensar alguna vez, cuando desmaya rendida de fatiga nuestra atención solicitada por tantas formas de publicidad divergentes; — será verdad que todo libro nuevo que encontramos al paso, necesita, nada más que por el hecho de haber nacido, una disculpa y una justificación?... Ha dicho Anatole France que el mal de nuestra época es el libro, que se multiplica demasiado; la irrefrenable inundación de papel escrito; y comparables al monje de Bizancio que aparece, encorvado y absorto en la lectura mientras Bizancio se desploma, en un sugestivo dibujo de Doré, el ingenioso autor nos presenta envenenados, mareados, por este *opio occidental* de los libros, que según él amenaza hacer de nosotros, en vez de una sociedad de hombres hábiles para la acción, una sociedad de lectores y de bibliófilos. — ¡Bendito sea, en cualquier caso, el dulce opio que nos envenena! — Pero además, si es que un excepcional interés puede depurar á un libro que nace, de ese pecado original, que atribuye á la concepción de todo libro aquel encantador epicúreo, yo me atrevo á decir que la publicación de la obra que sigue á estas páginas está justificada ampliamente.

En este libro de iniciación y de esperanza, como en el niño pensativo del *Tentanda via* de Hugo, que subyugaba las miradas del poeta, hay el interés profundo de una promesa que sonríe al porvenir.

Es un boceto según el cual el tiempo ha de cincelar una estatua; es un primer estremecimiento de alas fuertes, que se despliegan para ir á ocupar su puesto y extenderse, llenas de seguridad, entre

las realidades hermosas del futuro; y ¿quién será suficientemente negado á los nobles estímulos del sentimiento para no percibir el interés de lo que promete una fuerza más, una luz más, una energía viril incorporada á las que pugnan por levantar la vida nuestra sobre las bajas realidades que la convertirían en cosa indigna de vivirse?

Anticipémonos al público y aseguremos el destino feliz de esta obra nueva. Un prólogo que se escribe para acompañar la publicación de un primer libro, ha dicho un escritor original, no es sino un *toast* que se levanta como expresión de votos afectuosos en el banquete de una reputación literaria que se inicia. Yo debo terminar mi brindis, ya importuno, para que la palabra de los convidados haga llegar á oídos del anfitrión que festeja su primera aventura, voces mejores de estímulo y de aliento. Pero quiero, antes, hacer nuevos votos por la iniciación dichosa del autor, por la fortuna de su libro, por los triunfos reservados á su talento, con que añadirá nueva luz á la luz propia de su nombre; y porque las generaciones que aparezcan y tengan la representación del porvenir, reclinen la frente, muchas horas, en el que el poeta llama *el blando regazo de la mente*: en las delicadezas de la idealidad literaria, en el amor del arte, en el amor y el culto de las cosas desinteresadas de la vida, que, además de ser las más bellas, no está probado que no sean en definitiva también — ¡oh espíritus graves! — las más reales y verdaderas de todas!

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

MARCOS PÉREZ

MARCOS PÉREZ

I

Sobre la gramilla verde, extendiendo su mirada ruda y sombría por el campo exuberante, cubierto del pasto jugoso y fresco de Primavera, marchaba al trote, en un caballo pangaré, un paisano del Olimar, en el departamento de Treinta y Tres.

El pleno sol de la mañana le daba en la cara, haciendo resaltar los rasgos culminantes de su fisonomía enérgica y varonil, y bajo sus toscas y sencillas ropas, á través del poncho, se destacaban sus músculos poderosos, su pecho levantado y fuerte, sus apuestos y bien delineados hombros y sus piernas recias re-

matadas por grandes espuelas de afiladas puntas que sonaban con el tranco del caballo.

Iba solo, por el campo inmensamente vacío y triste; pero, si alguien hubiera podido observarle, en la apostura tranquila y marcial y en el porte de indiscutible dominio y altivez, hubiera notado que aquel paisano que no tenía más que su caballo, su poncho y sus armas, era el dueño legítimo de la tierra que pisaba, y que aquel aire azul, blanquecino, que se veía sobre las onduladas cuchillas, era el aire puro de su propio suelo y de su país nativo.

Marchaba con calma, sin apresurarse.

En la madrugada, se había levantado con fiebre, después de pasar una noche inquieta y agitada por mil ideas de sangre y de combate, que bullían en su cerebro; había limpiado cuidadosamente la lanza y las pistolas, y con el mejor apero, sin despedirse de nadie, había partido con rumbo á una estancia del norte, donde llegaría esa tarde á juntarse con sus compañeros, cumpliendo así la palabra empeñada de concurrir á una cita de honor.

No era de carácter pendenciero, ni peleador; aunque arrogante y ardoroso por naturaleza, prefería trabajar de sol á sol, en su pequeño campo, que enredarse en aventuras de

guerra, de las que nunca había sacado provecho.

Pero, aquella vez estaba comprometido. Pocos días antes de su partida, lo habían visitado en el rancho muchos de sus correligionarios del pueblo, para pedirle y rogarle que los acompañara en la patriada, diciéndole que si él no entraba en *la cosa*, nada se hacía, y que su presencia era necesaria para infundir aliento y valor á sus compañeros del *pago*, si alguna vez *aflojaban* en un encuentro reñido y difícil.

Y el paisano les prometió que iría en la fecha señalada, hasta una de las estancias del norte, cuya situación conocía de memoria, á encontrarse con sus camaradas, para organizar allí una partida de valientes que había de correr todos los peligros y los azares de la revolución.

En la mañana siguiente, al amanecer, ya debían salir al campo, buscando la incorporación del ejército; tenía, pues, toda aquella noche para dormir con tranquilidad y recuperar las fuerzas gastadas en la anterior. Por eso es que el gaucho marchaba despacio, sin apresurarse, dejando que los rayos del sol, que á cada instante se hacían más fuertes, se infiltrasen por su piel morena, abrasada por aque-

llos ardientes veranos que acostumbraba pasar en pleno campo.

Al obscurecer, ya se hallaban reunidos todos los compañeros en la estancia designada: sólo faltaba el jefe.

Las últimas luces de la tarde iluminaban el camino nacional que se perdía desierto y arenoso, como una cinta blanca de plata, en las serranías del sudeste. Los paisanos, agrupados en el patio de la estancia, miraban con impaciencia el horizonte; pero el jefe no se divisaba aún, y el camino nacional se fué borrando en las sombras de la noche, siempre solitario, sin ningún jinete que se destacase en toda su extensión.

Ya brillaban las lucientes estrellas, cuando los paisanos se reunieron, para tomar mate, en una gran sala de paredes blancas de piedra, y de piso de baldosa, con dos ventanas cruzadas con barrotes de hierro, que constituía la principal habitación de la casa. Se sentaron en torno de una vieja mesa de pino, en cuyo centro una pequeña lámpara apenas alcanzaba para alumbrar sus rostros, dejando sumido en una vaga penumbra todo el resto de la habitación.

Mientras corría el mate de mano en mano, se empezó á hablar de la próxima guerra, del

ejército libertador, de la gloria que iba á recaer sobre todos los que habían tomado parte en la campaña. . . . De pronto, dijo un joven paisano: — Y nuestro jefe, no vendrá? . . . pero los viejos le replicaron en seguida: — Sí. . . . llegará. Cuando Marcos Pérez dice que viene, viene pese á quien pese. . . .

No habían acabado esta conversación, cuando se sintieron los ladridos de los perros, y un movimiento extraño se notó en el patio de la estancia, al mismo tiempo que se dejaron oír los pasos firmes de una bota con espuela de cadenilla. Todos los paisanos se pusieron de pie, mirando hacia la puerta de afuera. En el umbral, entre las sombras, había aparecido como una visión, un gaucho, alto, esbelto, sonriente, con el poncho levantado y el sombrero echado hacia atrás: — Marcos Pérez!

Marcos Pérez, el más prestigioso de los caudillos del *pago*, estaba allí para cumplir con la palabra empeñada á sus amigos; ninguno tenía tanta fama como él: de trato amable y hasta risueño, pero astuto, sagaz y valeroso en la lucha, dotado de una voluntad de hierro, nadie podía sustraerse en diez leguas á la redonda, á su poderosa sugestión.

Si se quería batir á los matreros, allá iba

Marcos Pérez, y entraba el primero en lo más sombrío del monte, donde sólo relucían sus armas, y en muchas ocasiones, bastaba un grito estentóreo, que salía de su pecho como el rugido del león, para rendir al malhechor, que venía á sus pies á entregarse vencido.

Y cuando algún animal feroz alarmaba el vecindario, iba Marcos Pérez á buscarlo en su propia guarida, y no era extraño que después regalase en algún rancho de los contornos, una hermosa y rayada piel, como prenda segura de su triunfo. Por eso es que sus compañeros lo habían elegido por jefe: él sabría guiarlos, dormido sobre su caballo, por los llanos, los montes y las cuchillas, y si, fuera de su previsión, el enemigo llegaba á sorprenderlos, él sería el primero en sacrificar su vida con un valor ciego, casi salvaje, pero prodigioso y sublime.

Al día siguiente, al rayar el alba, toda la partida montó á caballo. El tiempo estaba sereno, y las nubes sonrosadas en el oriente indicaban una mañana hermosa.

Pronto perdieron de vista á la estancia, que se ocultó, con su arboleda oscura, tras una alta loma que cerraba el camino. Subieron á ella con los caballos al galope, y en la altura, Marcos Pérez se detuvo para contemplar una

vez más aquel campo vasto y hermoso, envuelto todavía en la paz y en la tranquilidad de la víspera, que él iba á arrebatarse con sus armas y sus clarines de guerra, apenas el gran sol anunciase el nuevo día.

De allí, bajaron á escape; cruzando la tierra fuera de los caminos y las sendas, y cortando alambrados para incorporarse rápidamente al grueso de la columna, galoparon muchas horas, y al caer la tarde, después de atravesar un extenso valle, pudieron ver, desde lo alto de una colina, al ejército libertador, que, como una serpiente oscura, subía y bajaba por las ondulaciones del horizonte.

II

Llevaban tres meses de guerra, una guerra cruda, sin cuartel y sin descanso. La extraordinaria facilidad con que se había iniciado la campaña, se tornó muy pronto en una lucha continua, erizada de dificultades sin cuento, casi invencibles.

El ejército, después de varias batallas campales en que murieron centenares de compa-

ñeros, se había fraccionado en diversos grupos, que, á manera de montoneras, hacían sentir, por aquí y por allá, los últimos esfuerzos de la revolución vencida.

Una tarde, llegó á las márgenes del Queguay una de estas partidas, la última que quedaba en pie; no la componían más que quince hombres, pero su jefe había logrado burlar á una brigada entera que los perseguía tenazmente.

Como sus compañeros creían, Marcos Pérez había realizado prodigios en la campaña desgraciada que tocaba á su fin. Durante la marcha, iba siempre de descubierta, escrutando el campo con su mirada sagaz, y en el combate, más de una vez había fascinado á sus adversarios con un rasgo supremo de su valor heroico.

Al fin, se había visto obligado á separarse de la columna casi deshecha, y desde entonces, vagaba solo, con los últimos hombres de su partida, acechando siempre, con inauditas audacias, la marcha de los ejércitos enemigos. Ese día ya no pudo luchar más: su gente estaba aniquilada, y sus caballos, flacos, jadeantes y sudorosos, apenas podían marchar después de un viaje formidable, y al llegar á las orillas del impetuoso Queguay, resolvió es-

perarlos allí; dar el último combate, cuerpo á cuerpo, para vender bien cara su vida.

No había bajado aún el sol, cuando se sintieron las primeras descargas del enemigo oculto en un cañaveral. Entonces, Marcos Pérez empezó á batirse con su gente á pie; las descargas se hicieron cada vez más cercanas y más abrumadoras, y una lluvia terrible de plomo hizo caer á la mitad de los que rodeaban al paisano. Los que vivían aún siguieron tirando con sus viejas armas, pero el enemigo avanzaba siempre, hasta que al fin salió de su abrigo, trabándose una lucha postrera desesperada, cuerpo á cuerpo y vida á vida.

Marcos Pérez, desviando los golpes, hiriendo al enemigo que más lo acosaba, retrocedió paso á paso hacia su caballo, y una vez á su lado, cuando ya le tomaban de los brazos y le sujetaban las muñecas para rendirlo, dió un salto elástico, inesperado, prodigioso, y una vez á caballo, en una vuelta vertiginosa, se precipitó sobre la barranca profunda del Queguay.

Ninguno lo siguió, porque era inútil; iba mortalmente herido, y su roja sangre se confundió en el agua con la sangre de su caballo, lastimado también por las últimas descargas.

Pero cuentan los soldados que Marcos Pé-

rez pudo llegar á la otra orilla, y que, cerrada la noche, cuando todos lo creían muerto, lo vieron á la luz de la luna, del otro lado del Queguay, cruzando el campo, reclinado sobre su caballo, como el águila herida cruza el cielo para morir fuera de la vista de sus enemigos.

Nadie se animó á vadear el anchuroso río, y Marcos Pérez, envuelto en el misterio, se fué desvaneciendo lentamente, hasta perderse en las sombras.

Era de la raza!

EN EL MAR

EN EL MAR

Tenía la costumbre de embarcarme en un bote de vela los días de buena brisa, y vagar horas enteras sin rumbo fijo por los alrededores de la bahía.

En los días de fiesta, lo solía alquilar desde la mañana á la noche. No había amanecido aún; la densa neblina de la madrugada lo envolvía todo; en los muelles, apenas se veían, como otras tantas sombras, los grupos de gente que esperaba la llegada de los vapores, cuando yo estaba ya en mi bote, con mi hombre pronto para hacernos á la mar.

Y luego, era casi noche, cuando la alta farola del Cerro y el resplandor brumoso de la ciudad guiaban nuestra entrada á la bahía; y las luces rojas de la Comandancia de Marina

se hallaban ya encendidas, cuando recién yo cruzaba la rampla á grandes pasos, de vuelta de mi paseo.

Muchas veces, fuí mirado con curiosidad por los vigilantes, que creían encontrar en mí un sigiloso contrabandista.

Otras, era lejos de tierra que nos detenía con su silbato algún vaporecito del Resguardo, para inquirirnos sobre nuestro rumbo extraño é incierto á hora tan avanzada. Pero, yo despreciaba esas pequeñas molestias: era apasionado por el mar. Me parecía delicioso navegar los días en que estaba encrespado, con las olas espumosas rompiéndose vertiginosamente contra nuestro bote, que saltaba sobre ellas como una ave que apenas moja sus alas. Me impresionaba verlo tranquilo sin un movimiento, sin un rumor, como una gran extensión transparente é insondable que atrae á su seno con los más extraños y misteriosos mirajes.

Y los días de tempestad! Cuánto tiempo he mirado desde las torres de la Universidad la mar imponente y bravía, con sus altas olas coronadas de luz sobre el fondo opaco de las aguas revueltas por el pampero! Lejos, me acuerdo como si lo viese ahora, estaban los gallardos buques de guerra con sus mastele-

ros calados y sus máquinas prontas balanceándose sobre las fortísimas cadenas. Más allá, los vapores de ultramar, perdidos entre la bruma del horizonte encrespado, envueltos en el humo de sus calderas listas para partir. Y los buques de vela! Los desgraciados del mar con sus tripulaciones en proa, siempre de pie, empapados los cuerpos en el agua salobre que inunda la cubierta, filando toda la cadena para no garrear sobre la costa; y este cuadro dentro de un marco gris, tristísimo, sin una bandera que alegre el aire y sin más clamor que el viento pampero, impetuoso y frío, que silba en las alturas y hace crujir los mástiles. . . . Así pasaban largas horas, hasta que un rayo de sol disipaba las nubes, azulando la superficie de las aguas. Entonces, toda la decoración cambiaba: los barcos iban quedando inmóviles, las banderas y los gallardetes flameaban otra vez, y en la bahía se desprendían multitud de botes y vaporcitos, cruzándola en todas direcciones, como cruza la gente por las calles, cuando viene el buen tiempo, después de un día de gran lluvia.

Durante muchos meses, fueron el mismo bote y el mismo botero los que me servían para mis excursiones; el bote me agradaba más que los otros, porque era ligero y muy

obediente al timón; no tenía más de veinte pies de largo, estaba pintado de blanco, y en la popa se leía en grandes letras caladas sobre la madera: *Rosina del Mar*. Su dueño me convino más que todos, porque tenía una admirable condición: *era extremadamente silencioso*. El buen hombre acostumbraba remar siempre en silencio; y á la vuelta, una vez en tierra, nos dábamos las buenas tardes, separándonos hasta la próxima excursión. Estos viajes se repetían cada semana ó cada quince días, según me lo permitiesen mis estudios, y eran verdaderamente deliciosos.

Salíamos temprano, al rayar el alba, y á medio día, bajo un buen toldo que nos preservaba de los fuertes rayos del sol, hacíamos nuestro almuerzo, en plena paz, en tranquilidad perfecta, muy lejos de la costa, que se veía apenas como una banda opaca en el horizonte, y sin más testigos que las alegres gaviotas que descendían haciendo oír agudos gritos hasta rozar el agua con su plumaje y se elevaban otra vez hasta perderse en lo alto, formando blancas y caprichosas guirnaldas sobre el fondo azul de los cielos.

Volvíamos á la hora extrema de la tarde, y muchas veces, antes de entrar á la bahía, encontrábamos á los vapores de Buenos Aires,

en plena actividad, con sus rumorosas máquinas á toda fuerza, dejando tras de sí una ancha y espumosa estela que reflejaba con mil fantásticos matices las luminarias de á bordo.

El barco pasaba por delante de nosotros, rápido como una visión; allá, en el puente, se veía la oscura silueta de su capitán, que aun no había dejado el puesto de partida, y á través de los cristales, en el comedor ricamente decorado, distinguíamos á los pasajeros, conversando y riendo de mil cosas ignoradas para nosotros; . . . pero todo se desvanecía en un instante, y el gran vapor se perdía en las sombras, fugaz como un tren-expreso, dejando sólo gigantescos remolinos de agua blanquecina que salpicaba dentro de nuestro bote.

Después, continuábamos el mismo rumbo, y cuando la brisa caía del todo, solíamos tomar los remos, marchando vigorosamente en silencio hasta llegar al muelle.

Tenía muy buen carácter mi botero. Un viejo piamontés de barba canosa y rala y de ojos grises, circundados por arrugas y pliegues que había formado el mar con sus brisas salobres de medio siglo.

Empero, sus brazos eran fuertes todavía, y sus pequeños ojos grises color de agua revuelta, veían enormemente lejos, cuando al-

gún punto aparecía en el horizonte. Antes de que yo me fijase en él, ya había dicho: — Es un vapor con dos chatas á remolque; ó bien: — Es un buque de guerra que pide carbón, ó: — Es el paquete de Europa; pasa de largo.

Por lo demás, he dicho que nunca hablaba y que nadie le pudo adivinar su historia. Sus camaradas lo tenían por un maniático, y á los ojos de muchos pasaba por un verdadero loco.

Dormía en el fondo de su bote, acurrucado allí, envuelto en un viejo y raído abrigo de lana, y sus compañeros decían que á media noche solía hablar fuerte y ponerse de pie, presa de una agitación extraña que le exaltaba. Entonces, más de una vez se le oyó contar un misterioso naufragio en las temibles costas del Levante, en donde en cierta estación el mar hierve como un volcán, arrasando en sus furiosos remolinos á las embarcaciones que se atreven á ir hasta allá.

Al día siguiente, estaba otra vez tranquilo, y cuando le recordaban sus convulsiones de la noche y le pedían que bajase á tierra á dormir, porque corría gran riesgo de ahogarse, contestaba invariablemente que dormía tranquilo, y que si así mismo el bote se daba vuelta, tanto mejor para él concluir de una vez su vida miserable.

Los días de fiesta, el buen hombre me esperaba á la madrugada, recostado siempre en un mismo pilar, fumando en una retorcida pipa de legítima espuma, con su gorra de piel encasquetada hasta las orejas, y las manos en los bolsillos de su viejo y raído pantalón de terciopelo.

En cuanto me veía de lejos, bajaba al bote y aparejaba para salir; en un salto, yo estaba junto á él, y después de preguntarle por el estado del tiempo, que él conocía mejor que un barómetro, echábamos á andar, sin hablar más, oyendo tan sólo el leve chasquido del agua, al golpear con las amuras bien perfiladas de nuestra embarcación.

Un día, — lo tengo tan presente como si fuese hoy: era un 20 de Agosto, — me levanté más temprano que de costumbre y fuí al muelle con ánimo de embarcarme é ir hasta un gran buque de guerra que acababa de fondear en el puerto, de paso para el Pacífico.

El cielo estaba triste y completamente nublado, en tanto que el mar se hallaba inmóvil, como oprimido por la densa niebla que lo envolvía todo.

El viejo *Vittorio*, cuando me vió llegar, no se movió con la presteza acostumbrada; al contrario, vino hacia mí diciéndome: — «Hoy

es mal día, patrón; sería mejor no salir.» Pero yo me opuse, contestándole que tenía gran interés en ver el barco de guerra; y bajamos al bote.

Ya he dicho que siempre me ha atemorizado el mar en absoluta calma; y aquel día estaba *inmóvil, perfectamente inmóvil*, retratando en su superficie nuestras imágenes, que parecían hundirse á cada movimiento del bote, devoradas por el insondable espejo de agua.

En dos horas de marcha, ya estuvimos lejos de la costa, que pronto se perdió de vista en aquella atmósfera enrarecida y cargada de vapores; nuestra vela colgaba como un trapo inerte de su mástil y sólo andábamos merced á los poderosos brazos de *Vittorio*, que remaba silenciosamente.

De pronto, se detuvo y me dijo, alzando la vista: — «Tenemos mal día, patrón; vamos á virar.» Yo lo dejé hacer esta vez, porque á la verdad el tiempo se presentaba muy malo. Al rato, volvió á suspender los remos, diciéndome con un tono de mayor aflicción: — «Hoy es mal día para mí; el tiempo está terrible, me voy á ahogar. . . .» Y poseído de una singular excitación, sacó de su pecho una cruz plateada y negra y la besó fervorosamente.

Luego, siguió diciendo en voz baja, como si hablase consigo mismo: — «20 de Agosto.... día triste. . . . vino la tormenta y se llevó á mi hijo. . . . á mi pequeño hijo Angelino; ¡pobre hijo mío!. . . Hoy debo morir yo también, ahogado en esta agua que ya empieza á temblar.» Y mi botero se había puesto de pie, señalando el horizonte obscuro y amenazador. Luego, murmuró: — «Ya llega! ya llega!» Y quedó en silencio, con las manos crispadas y los ojos fuera de las órbitas, como si las críticas circunstancias en que nos hallábamos se hermanasen en su cerebro enfermo con otro naufragio sombrío y lejano.

Yo tomé resueltamente los remos, diciéndole en voz alta: — «Vámonos de aquí;» pero no pude andar mucho: la observación del pobre hombre era exacta; el agua comenzaba á temblar á nuestro al rededor, y en el horizonte se extendía, como un gran abanico, una nube rojiza que abarcaba ya una parte del cielo.

Miré á todos lados, quise gobernar el timón para aproximarnos á algún buque; pero nada se veía en torno nuestro: una niebla semejante á la noche se había extendido por todas partes, en tanto que la nube roja, preñada de vientos, avanzaba siempre sobrenues-

tras cabezas, iluminando las alturas con un resplandor extraño y siniestro.

El agua había empezado á saltar en torno de nuestro bote, y sobre su obscura superficie se veía la espuma de las olas convulsas que preceden á la tempestad.

El viejo *Vittorio* se había arrodillado, y besaba con gran fervor la cruz que pendía de su pecho; sus ojos parecían salir de las órbitas; su boca se hallaba horriblemente descompuesta, y su rostro lívido y violáceo semejaba el de un cadáver.

La escena duró muy breves segundos.

Una racha inmensa de viento pasó por encima de nosotros, arrancando la vela del pequeño mástil, y en seguida el mar encrespado, rabioso, nos circundó por todas partes. Bajábamos de la cumbre de una ola para subir en los brazos de otra á enorme altura, y de allí volvíamos á caer en el abismo, donde nos levantaban otra vez para prolongar aquella lucha vertiginosa é imposible.

Al fin, un golpe de mar tumbó nuestro bote.

¡Qué impresión más horrible que ver el agua tan cerca, tocando nuestra carne, abrazando nuestro cuerpo y próxima ya á devorarnos sin remedio!

Esto fué lo último que sentí; después, un

ruido aterrador, un vértigo supremo en que se me escapaba la vida. Mi compañero desapareció, mientras yo me revolvía impotente entre la frialdad de las olas. . . .

Después, supe que un vapor que vió nuestro bote, momentos antes de estallar el ciclón, nos había salvado, ya sin conocimiento.

Mi debilidad á consecuencia del accidente duró mucho tiempo. Ya restablecido, fuí una tarde á la costa del mar: era una tarde hermosa y serena de verano; los muelles estaban llenos de pasajeros y de acompañantes que se despedían besándose por última vez, antes de partir.

En medio de la multitud, me llamó la atención un hombre que se paseaba á grandes pasos, con las manos en los bolsillos y la vista fija en el suelo; llevaba un gorro de piel encasquetado hasta la nuca, y sus pantalones de terciopelo estaban casi rotos á pedazos. Fuí derecho hacia él: era mi botero. Había envejecido mucho; sus ojos grises apenas veían ya, y su cuerpo encorvado temblaba convulsivamente. Yo lo quise abrazar, exclamando: — «¡Hola! ¿cómo va? mi amigo *Vittorio*;» pero el hombre dió un paso atrás y me miró de arriba abajo sorprendido, respondiéndome al mismo tiempo con una voz ronca, extraña, casi gutural:

— *El viejo Vittorio ha muerto ya; se ahogó el veinte de Agosto en el gran ciclón, allá lejos, en el mar, junto con Angelino, su hijo, el pequeño Angelino; éste que está aquí no es él: no es más que una vieja máquina que no sirve para nada!*

Luego, se cubrió el rostro con sus flacas manos y echó á llorar, repitiendo cada vez más confusamente su estribillo. Le ofrecí dinero, lo quise llevar conmigo; pero fué todo en vano. Y cuando ya lejos de él, volví la cabeza, lo ví todavía recostado en el mismo pilar, cubriéndose el rostro con sus manos descarnadas, y sollozando siempre, con el llanto infantil é intermitente de los locos.

ROBERTO LOTH

ROBERTO LOTH

Dos altos pilones de ladrillo sin revocar y dos viejos faroles mohosos con lamparillas de kerosene franquean la entrada del cementerio de L. . . . , que no tiene más señal que una cruz arriba de su vieja puerta.

Jamás voy á L. . . . sin visitar el cementerio. Sus inmensos árboles, sus caminos incultos cubiertos de yerba, su naturaleza casi virgen, sus lápidas y sus cruces blancas, iguales, sembradas aquí y allá, tienen para mí una poesía y una tristeza singularmente atrayentes.

Uno de estos últimos inviernos, paseaba yo por el cementerio del brazo de uno de mis íntimos amigos, el ingeniero Franck. Íbamos leyendo, uno á uno, los nombres de los que estaban bajo la tierra. En su mayoría, habían sido

nuestros conocidos, y aun algunos nuestros amigos: estudiantes, marineros, señores, soldados, todos se confundían allí, unos junto á los otros, sin monumentos ni epitafios vanos.

De pronto, yo descubrí una lápida pequeña nueva y muy blanca; me acerqué á ella y leí en letras brillantes, redondas, de relieve: Roberto Loth.

— Cómo! Roberto Loth ha muerto? — le dije á mi amigo, deteniéndome. Franck se alzó de hombros. — No lo sabías? Murió hace seis meses, y de qué manera! . . . Roberto Loth había sido nuestro amigo en la Universidad. Cuando salimos de ella, no lo volvimos á ver en mucho tiempo; pero un día, hallándonos en la capital, supimos que habitaba un pequeño cuarto en una calle extraviada, y lo fuimos á visitar.

Al entrar, preguntamos por él; pero se nos respondió:

— El señor Roberto Loth está trabajando.

— Y cuándo lo podremos ver?

— Nunca.

— Cómo nunca?

— No, señores. Roberto Loth trabaja siempre; él no sale, él no come, apenas duerme. . . . Creemos que va á presentar un trabajo al concurso de la « Sociedad de Ciencias y Artes ».

Nosotros dijimos que éramos sus amigos, sus compañeros de Universidad, y al fin se nos respondió :

— Si los señores quieren venir mañana á esta hora veremos.

Volvimos al día siguiente, y el cuarto de Roberto se abrió al oír él nuestros nombres. Estuvimos largo rato abrazados. Luego, echamos un vistazo por su habitación, muy pequeña y muy oscura, sin más muebles que un catre con pocas ropas y una mesa con un tintero, grande como una fuente, rodeado de plumas y de hojas borroneadas por aquella tinta que se desbordaba; además, unas cuantas sillas desvenecijadas. Roberto estaba en medio de aquellos muebles sucios y desordenados.

— Y bien, nos dijo: Cuánto tiempo! Qué habéis hecho en tanto tiempo? En qué habéis trabajado?

Franck le dijo:

— Yo soy ingeniero; acabo de hacer un puente de doscientos metros de largo

Roberto apartó rápidamente la vista de mi amigo y me dijo:

— Vos sois también ingeniero; hacéis puentes nada más que puentes

— No, amigo mío, le respondí; me voy á recibir de médico al fin de este año

— Ah! dijo Roberto, qué ideas tan extrañas habéis tenido! Él ingeniero y vos médico! Sí, sí, verdaderamente extrañas.

— Y vos, querido Roberto, le dije yo entonces, qué habéis hecho en todo este tiempo?

— Yo? repuso Roberto, levantando la voz, *éso*, y señaló unos grandes montones de papeles borroneados. Nada más que *éso*, añadió entusiasmado; pienso presentarme al concurso de la « Sociedad de Ciencias y Artes », y si me saco el premio, ah! si me saco el premio, entonces, sí, que valdré más que todos los médicos é ingenieros del Universo!

— Pero, qué es eso? le volví á preguntar.

— Un poema.

— Y cómo se titula?

— « El Porvenir ». Os gusta el título?

É inconscientemente se acercó á sus papeles, tomando un montón de ellos con las manos temblorosas.

Os voy á leer el principio, nos dijo; nada más que el principio

Nunca nosotros oímos versos más soberbios.

Nuestro amigo Roberto era un buen mozo; pero el entusiasmo lo transformaba, haciéndolo parecer hermosísimo. Sus estrofas brotaban unas tras otras perfectas, sonoras, admirables; era indudable: tanto Franck como yo,

pensábamos en aquel momento encontrarnos delante de un genio.

Al terminar el primer canto, Roberto me dijo completamente fuera de sí:

— Éste es el fondo de mi *idea*, de mi gran *idea*; en cuanto á la forma, poco me fijo en ella; la *idea* sobre todo: eso es lo que vale siempre.

La primera parte de su poema era una descripción completa de los males humanos, de los yerros y descalabros de la sociedad. En la segunda, analizaba el fin del siglo indiferente á toda belleza, materialista y grosero en sus actos, sin religión y sin fe, marchando derecho á una ruina irremediable; y en la tercera parte, es decir, en el fin, dejaba entrever el porvenir, tal como él lo soñaba, sencillo, feliz, la vuelta á la edad primera, la regeneración del mundo por el ideal, por la poesía y por la belleza.

Su poema era de un efecto admirable.

Nosotros volvimos al día siguiente, y durante varios días más, para conocerlo por completo. Roberto nos recibía sonriente, casi amable, pero sin decir una palabra, y nos leía largas horas su trabajo.

Una tarde, cuando se hubo concluído el poema, Roberto nos dijo con su aire afable de siempre: — « Les suplicaría, amigos míos,

no volviesen en algunos días; el mes que viene es el concurso, y tengo que seguir trabajando mucho, trabajando siempre para acabar mi obra ».

Franck y yo nos fuimos de su casa, y no volvimos más. Evidentemente, nuestro amigo era un maniático y no había para qué incomodarse.

Cuando llegó la fecha del concurso, Roberto había concluído ya de copiar con bonita letra su trabajo, y lo había metido en un gran sobre con la dirección del Presidente de la « Sociedad de Ciencias y Artes ».

Hacía ya diez días que no salía de su cuarto, y se le ocurrió llevar él mismo su trabajo á la secretaría de la Sociedad. Allí lo entregó á un señor muy serio, viejo, de anteojos; y luego, salió afuera, para perder tiempo, caminando sin rumbo, ya por una calle, ya por otra, sin mirar á nadie, sin ver nada, pensando que tal vez no pasarían muchas horas sin que su nombre resonara de un extremo á otro de aquel gran salón, vistosamente decorado y lleno de gente distinguida, enguantada, que lo aplaudiría poniéndose de pie. — « Roberto Loth! » se decía á sí mismo; — « Roberto Loth! » volvía á zumbarle en el oído, « primer premio, gran medalla de oro; » y se ima-

ginaba los comentarios de todas aquellas gentes al ver que un obscuro, sin nombre, sin familia, surgía por la fuerza de su genio, como los poetas grandes y viejos, para vencer á todos y coronarse el primero.

No había transcurrido una hora, cuando pensó en volverse á su casa para esperar allí el aviso que indudablemente llegaría, el aviso de triunfo que lo haría ir volando allá, á la gran fiesta, á declamar entre los aplausos delirantes de una multitud, su revelación mágica y grandiosa del porvenir.

Una vez en su cuarto, se miró al espejo, atusándose los bigotes. Nunca se había visto tan bien como aquella vez; hasta parecía que el inmenso trabajo no había dejado huellas en su cara tersa y fina, y en sus grandes ojos de poeta. . . . luego, quedó esperando varias horas el menor toque de la campanilla para correr como un loco á la « Sociedad de Ciencias y Artes »

Ya había entrado la noche, cuando Roberto dió un gran salto de su silla y bajó las escaleras despacio, sin hacer ruido; luego, salió á la calle y empezó á caminar muy arrimado á la pared, avergonzado de su incertidumbre.

El viento fresco le dió en la cara, haciéndole cobrar ánimos. Quién sabe todavía! . . .

Un suceso imprevisto, un accidente, una suspensión, en fin; y se encaminó rápidamente hacia la « Sociedad de Ciencias y Artes »

La gran puerta de ésta se hallaba cerrada: todo había concluído ya; y sobre la puerta misma un letrero, bien visible, decía: « 1.^{er} premio: Medalla de Oro : Orfet, médico; 2.^o premio: Hovalace, ingeniero mecánico. »

Roberto experimentó un espantoso choque de nervios y se volvió á su casa corriendo como un loco.

Al día siguiente, un amigo lo encontró muerto en su mismo catre, con los brazos cruzados sobre el pecho, y el tintero, grande como una fuente, volcado, manchando de negro los vestidos

—Ahora, dijo mi amigo el ingeniero Franck, Roberto está aquí abajo enterrado; lo han traído á este cementerio, porque su madre vive en el pueblo.

No tenía más que veintiséis años, era un bello talento; pero tan sólo un poeta, nada más que un poeta; y hoy, la ciencia matemática, exacta, lo abarca todo, lo devora todo: por eso es que yo acabo de hacer un puente de doscientos metros de largo

EL JEFE MUERTO

EL JEFE MUERTO

I

No había aclarado aún del todo en aquella húmeda y lluviosa madrugada de Mayo, cuando un chasque hacía correr su caballo á gran galope sobre el camino nacional que da á una de las viejas estancias del Norte de la República, más allá de Santa Clara de Olimar.

Era un indio crudo de músculos poderosos y de tez bronceada por el sol; llevaba chiripá, botas altas y una vieja casaca con botones de militar sujetos apenas por un hilo al paño raído é incoloro. Sobre ella flotaba un gran pañuelo de golilla muy nuevo, comprado al emprender el presuroso viaje.

En la noche, el chasque había tenido que cruzar varios arroyos desbordados por las crecientes lluvias, y un brazo del gran río Negro lo tuvo que vadear á nado, prendido de la crin de su caballo para no dejarse arrastrar por la corriente impetuosa y rápida.

Pero el indio era un gran jinete y lo había dicho al partir :

— Mañana, lo primero que veré al salir el sol, será la estancia del general.

Y en efecto, no había aclarado aún el día, cuando sus ojos perspicaces como los de animal montés, distinguieron en el horizonte los contornos difusos del edificio blanco, redondo, amurallado á manera de fortaleza, y con su arboleda oscura envuelta en los vapores de la madrugada, que se elevaban al cielo.

Demoró poco más de una hora en la estancia del general, y luego, ya con el sol alto, volvió á tomar el camino nacional con rumbo á otra casa, gris, de techo bajo, que se veía como á dos leguas, encima de una cuchilla.

II

— Bájese, amigo Zenón, le dijo el capataz en cuanto lo vió llegar con su caballo sudoroso y jadeante, pero con el aire tranquilo y firme del gaucho que no siente las fatigas de una jornada.

— De dónde viene ?

Y el chasque contestó rápidamente :

— De Nico Pérez.

Traigo una mala noticia. Nuestro jefe.... sabe ? . . . el coronel murió ayer en Montevideo de una rodada del caballo ; y se lo aviso por si quiere ir hasta allá á verlo, aunque sea por última vez

Yo vengo de la estancia del general ; y había de ver ! — cuando le dije lo que pasó, se puso á lagrimear como un muchacho y mire que él nunca llora, aunque vea más muertos sobre el campo que piedras en un camino de la sierra.

El capataz había dejado el mate en el suelo, poniéndose de pie, densamente pálido.

— De una rodada del caballo ? preguntó casi balbuceando ; y murió el coronel ?

— Ha muerto, de veras, contestó el chasque. Y los dos hombres no hablaron más.

El capataz hizo avisar á dos amigos del *pago* la triste noticia, y en seguida, se convino en que partirían con rumbo á Nico Pérez para tomar allí el ferrocarril que los llevaría en poco tiempo á la capital.

III

En el fondo de un coche de segunda, lejos de los demás pasajeros y sumergidos en la semi sombra de una lámpara de aceite que pendía del techo, oscilando á cada trepidación, estaban agrupados los tres paisanos, envueltos en sus ponchos de viaje y con los sombreros *gachos* metidos hasta los ojos, como si el gran frío de la noche quisiera entrar por las portezuelas herméticamente cerradas del tren.

En la tarde, habían llegado á Nico Pérez y ya llevaban varias horas de marcha en dirección á la capital.

La conversación, que era animada en un principio, fué decayendo con el cansancio de

la noche. Los pasajeros, reclinados en sus asientos y envueltos en sus pesados abrigos, dormitaban, y las últimas palabras cambiadas, siempre sobre la muerte irreparable del caudillo, se confundieron con el gran ruido del tren que aumentaba su velocidad por instantes.

Había pasado ya la media noche, cuando la locomotora se detuvo de pronto. Casi instantáneamente, con el sacudimiento, los pasajeros abrieron á medias los ojos, y á través de los cristales empañados por el frío de afuera, pudieron ver el campo silencioso y triste, con sus ondulaciones, sus cuchillas y sus montes apenas adivinados en la semi claridad de una hermosa noche.

En breve, el ferrocarril echó á andar de nuevo; y la estación, los hombres parados en el andén, el depósito de agua, los wagones de carga colocados en el doble *rail*: todo se desvaneció de pronto, quedando sólo el campo vacío y negro otra vez á los costados del tren, que marchaba con furia.

IV

En una modesta sala, la principal de la casa, á la que daba acceso un amplio vestíbulo, que comunicaba con el jardín por una escalera de mármol, habían colocado el cadáver.

La habitación presentaba un aspecto verdaderamente triste y humilde: todos los muebles habían sido retirados, y sólo las seis grandes luminarias de plata ardían en silencio, brillando sus llamas pálidas sobre las paredes blancas y desnudas.

Casi rozando el suelo, estaba el cajón con el cadáver del caudillo envuelto en la bandera oriental; su ancha frente se destacaba sobre un espeso marco de flores, y por arriba de ella un gran crucifijo de metal derramaba un reflejo de santidad excelso y tranquilo sobre la cara inmóvil y casi sonriente del muerto.

Desde las primeras horas de la noche, la casa estaba llena de gente y todo un pueblo había desfilado por aquella pieza modesta y oscura.

Los amigos, los compañeros de armas y de luchas no podían pasar sin dejar sus lágrimas,

y muchos se detenían absortos, quedándose allí un gran rato sin atreverse á besar el cadáver, hasta que un brazo los empujaba fuera para que no obstruyesen el paso á la multitud que desfilaba lentamente.

En la madrugada, la casa quedó más vacía: sólo los miembros de la familia y algunos grupos de amigos rodeaban á esa hora de inmensa tristeza el cuerpo del caudillo.

Afuera, la noche estaba hermosísima, las estrellas brillaban en el alto cielo con todo su esplendor, y un aire fresco y puro movía suavemente las hojas de los árboles.

Adentro, las habitaciones habían quedado solitarias, las luces se hallaban casi apagadas, y solamente en la sala mortuoria brillaban las velas á medio consumir en los grandes candelabros de plata.

No había amanecido todavía, cuando se oyeron algunos pasos pesados en la escalera de mármol que daba al jardín.

Los tres paisanos de la estancia situada más allá de Santa Clara de Olimar, se detuvieron en el vestíbulo, arrollando sus ponchos sobre los hombros y levantando sobre la frente el ala del sombrero.

Adelante, se había detenido el capataz, un lindo mozo, alto y fuerte, de mirada cruda,

casi sombría. Á su lado, estaban los dos amigos, que también habían servido á las órdenes del caudillo.

Se habían bajado del ferrocarril, no hacía media hora, y en un coche, sin cambiar una palabra, llegaron á la casa.

Allí, no conocían á nadie.

Los que habían sido del ejército no se acordaban de ellos: sólo los hubiera reconocido el jefe; ah! pero el jefe estaba muerto!

Caras extrañas, señores de levita enlutada, militares uniformados; pero todos completamente desconocidos. El capataz preguntó, conteniendo su emoción, dónde estaba el cuerpo. Se le contestó: « Pasen adelante. »

Y los tres paisanos, con los sombreros en la mano, y golpeando el suelo con sus gruesas botas, entraron en la habitación mortuoria. Allí estaban varias personas, pero otra vez desconocidas; todos aquellos hombres eran de la ciudad, y ninguno se dió vuelta para verlos entrar. Pero, entre sus trajes negros, por entre sus hombros, por encima de la cabeza de alguno que estaba arrodillado, pudieron ver una cara blanca, inmóvil, con los ojos cerrados y los bigotes caídos. — Ah! era el único que conocían!

Aquella expresión serena, sí, la habían visto

bien cruzar cien veces por su lado, dándoles valor y coraje en los días sangrientos de batalla.

El capataz dejó escapar un grito.

— El coronel!

Y los tres paisanos quedaron sin movimiento, cuadrados militarmente ante la visión augusta de su jefe muerto; su cara pálida reposaba en el lecho de flores, y su cuerpo oculto hasta el cuello se perdía gloriosamente entre los pliegues de la gran bandera. — Una misma fascinación extraña se produjo en las almas de aquellos tres hombres que habían sido sus soldados, y como atraídos por una fuerza misteriosa, se fueron acercando al ataúd, lentamente, con la mirada fija, hasta caer de rodillas á su lado y besar con sus toscos labios la frente tersa y fina del joven caudillo.

Permanecieron allí un gran rato, extáticos, asaltados por mil recuerdos extraordinarios de guerra y de sangre, hasta que la luz del amanecer empezó á entrar por las ventanas entreabiertas de la habitación.

Y los tres paisanos se retiraron de la casa tan mudos, ignorados y humildes como habían entrado, sin que la multitud, que ya otra vez se agolpaba á las puertas, fijase un instante su mirada en ellos.

V

Al caer la tarde, una tarde nublada y triste de Otoño, ya estaban ellos otra vez, lejos de Montevideo, galopando silenciosamente con rumbo á su estancia.

En una enrucijada del camino, los dos amigos del capataz se despidieron de él, tomando una dirección distinta. El paisano siguió solo, con su caballo al tranco; iba con la cabeza baja abrumado por la pena, grande en medio de aquel dolor sin testigos. Él quería mucho á su jefe y había recorrido doscientas leguas para verlo por última vez. Allá lejos, en la ciudad, nadie se había fijado en él; su entrada, su visita misteriosa y muda como la del hermano que va á besar á su hermano muerto, en medio de los enemigos, había pasado inadvertida; pero, seguramente, el coronel lo había visto, y eso le bastaba.

Y el paisano, satisfecho de sí mismo, enjugó con las puntas de su pañuelo de golilla las últimas lágrimas de sus ojos, y dió un es-

polazo al caballo, que empezó á galopar casi á la carrera con rumbo á la querencia, cuyo techo humilde y gris ya se veía sobre la cuchilla, del otro lado del Olimar.

HISTORIA DE UN PESCADOR

HISTORIA DE UN PESCADOR

La tranquilidad del tiempo nos invitaba á seguir pescando toda la tarde.

Á la verdad, que nosotros teníamos mucho valor, pues ya no se veía la costa, cuando nuestro pequeño bote quedó repleto de muy buen pescado. No íbamos en él más que mi amigo Alejandro L. . . , el doctor Dickens y yo, naturalmente sin contar al barquero, que remaba vigorosamente, sentado en su barco cerca de la proa.

Era muy joven nuestro botero, pero ya se conocía que muchas veces había trepado sobre los *icebergs* en busca de las focas, que se había deslizado vertiginosamente con su canoa tras una ballena ya herida.

En sus ojos grises y su cara joven que reflejaba las arrugas del agua, se veía toda la resolución pasiva, pero heroica, de los hombres de mar; y su gorro de piel, y sus brazos nudosos, y sus dientes blancos, muy chatos y pequeños, dejaban adivinar en aquel pobre muchacho, la raza dura y fuerte de los pescadores de Finlandia.

Nuestra conversación se animó mucho, cuando tendimos las velas para regresar.

El doctor Dickens tenía, como siempre, muchas historias que contar: nunca he visto un narrador tan ameno como él. Aquel día, nos habló de arte, de literatura, de medicina, y no habían transcurrido diez minutos, cuando hizo caer la conversación sobre su tema favorito, el mar y la pesca.

En cuanto hablamos de los pescadores, nuestro botero abrió mucho los ojos y nos empezó á oír con marcada atención; no perdía una palabra de lo que decía mi amigo, y de cuando en cuando, exclamaba asombrado: —¡Oh! tiene razón el doctor! — dándole ya el título por habernos oído.

Al fin, como Dickens siguiese hablando con gran talento sobre la pesca en los mares del Norte, el botero lo interrumpió diciéndole con gran respeto:

—¿El señor ha sido del oficio?

Nuestro amigo se sonrió ante esta franca interpelación.

— Ah! ya lo creo, dijo en seguida; pescador, no; pero he vivido con ellos allá, en Finlandia. . . . me entendéis? Son tan buenas gentes los pescadores de Finlandia!

Y el doctor siguió diciendo, sin dejarnos hablar:

— No debe asombrar á nadie que yo, que he viajado mucho por esos mares, que son azules en una época, para volverse blancos en la otra, haya visto más de una vez las bandadas de puntos blancos que cruzan continuamente el horizonte en ciertas épocas del año.

Los viajeros creen al pronto que son otros tantos *petreles* que van á invernar hacia el Sud; pero su vista los engaña: esos puntos blancos, brillantes, no son otra cosa que las barquillas de los pescadores. Ellas van en largas filas, por los parajes más solitarios del mar, lejos de los navegantes y de las rutas frecuentadas, y antes que el primer rayo de sol vaya á secar las velas mojadas de sus barcas, ellos ya están entregados á su trabajo rudo y viven envueltos por la neblina salobre que se eleva del mar, y enfriados siem-

pre por la bruma del Norte, que viene helada como el aliento del Septentrión.

Ah! es muy mala la vida de los pescadores; lo único es que, tal vez esto mismo, los haya hecho también á ellos por dentro. Pobre gente! yo la amo mucho, porque he vivido una temporada en Fritjof, hace de esto como cuatro años.

— El señor ha estado en Fritjof? — preguntó, interrumpiéndole el barquero. — Ah, señor! yo he vivido mucho tiempo allí. Es muy bello Fritjof, no es verdad? con sus aguas tan mansas siempre y plateadas como los rayos de la luna ó como el vapor que se forma en torno de la ballena herida. Y la calma que hay siempre en la bahía, *porque el Walrus duerme en el fondo hace muchos años!* Y sus costas tan blancas y bajas que parecen abrir los brazos á los marinos durante la tempestad! En los malos días, me he refugiado tantas veces en ellas!

— Pues bien, amigo mío, prosiguió el doctor, allí en Fritjof, durante mi estadía, tuvo lugar un suceso que pinta la gran miseria de aquellos pobres pescadores.

Habéis conocido á Miguel?

— Á Miguel Mikelawich, *el Ruso?* — preguntó el barquero.

— Justamente.

— Ya lo creo, señor; si fué hace años mi camarada !

— Pues bien: Miguel Mikelawich era un pescador de Fritjof; no tendría más de treinta años cuando lo conocí: era todo un robusto y honrado mozo, y pasaba por ser el cazador más diestro de la comarca.

Un día, se aburrió de comer pescado, que constituía siempre su mismo alimento, y resolvió tomar su barca é ir en busca de alguna foca extraviada, á causa de la mala estación; la foca es muy agradable cuando no se tiene otra cosa.

Y fué así que no se vió más, ni á Miguel, ni á su barca, ni á su arpón. Al caer la tarde, sin decir una palabra á nadie, se hizo á la mar y desapareció con rumbo al Norte.

Durante la ausencia, me llevaron á visitar su pequeña casa. Allí encontré á su mujer, muy delgada, de ojos azules y de cara inmóvil, y á sus dos hijitos sumidos en la más fría miseria.

Una mala cama y una gran red suspendida del bajo techo era todo el mueblaje del cuarto, alumbrado por una candileja de aceite que hacía desprender el aire congelado de las paredes.

Miguel no había vuelto todavía.

Sin embargo, no transcurrieron muchos días, cuando una mañana Miguel se presentó en Fritjofst. Sus camaradas fueron á recibirlo, pero la barca estaba fría y mojada: en su expedición no había podido cazar ni una foca, ni una morsa, ni conseguido un pescado siquiera.

Estaba muy extenuado y muy flaco Miguel, cuando entró de nuevo á su habitación.

Ah! la empresa había salido mal.

Y el invierno frío, helado é implacable que pone azules las carnes y paraliza la sangre y descolora los labios, se presentaba para él sin comida y sin fuego, arrojándolo como á un mendigo á golpear las puertas cerradas de sus compañeros, que, casi aletargados en la mala época, esperan el primer deshielo para emprender sus lejanas expediciones.

Todo esto se agolpó en el cerebro de Miguel, y pensando en el porvenir sombrío que le esperaba á él y á su familia, se encerró en su pequeño cuarto, no sin antes empujar brutalmente para afuera á su mujer y á sus hijos.

Sus camaradas, al regresar del trabajo, se detuvieron delante de la casa, al ver el llanto de la pobre mujer cubierta ya por la nieve que caía en grandes copos.

Algunos pescadores se llevaron á los niños

y las mujeres cargaron con la esposa de Miguel, que estaba entumecida de frío.

Mientras tanto, todo el pequeño pueblo se había agrupado delante de la puerta para golpear tres veces: — « Miguel Mikelawich, Miguel Mikelawich, Miguel Mikelawich! » dijeron en voz alta; pero nadie les contestó. Por otra parte, mal podía haberlo hecho Miguel Mikelawich, porque estaba muerto. Se había suicidado brutalmente con su propio arpón....

El doctor se detuvo aquí, y nosotros miramos al barquero, que había dejado los remos y estaba inmóvil, con los ojos muy abiertos, mientras una gruesa lágrima corría por los surcos que en su mejilla había abierto el aire del mar, al mismo tiempo que decía muy despacio:

— Cómo habla de bien este extranjero ¡ Oh! pescar aquí es la muerte! Es horrible la vida durante el invierno, cuando el frío paraliza los miembros y destroza la carne. Hay que luchar siempre contra el hambre que nos asalta y nos rodea por todas partes, y á veces se deja uno llevar de la desesperación. Yo hubiera hecho lo mismo que Miguel Mikelawich!

TOWER -VILLE



TOWER-VILLE

Siguiendo las indicaciones de mi amigo Franck Ville, nos bajamos en una de las estaciones intermedias del ferrocarril que atraviesa de este á oeste el estado de *Kansas* en su largo trayecto de Nueva York á San Francisco, para, una vez allí, tomar nuestros caballos y dirigirnos á las posesiones de su padre, el viejo colono Míster Isaac Ville, uno de los más fuertes traficantes en maderas de la Unión.

Un camino llano, sin accidentes de ninguna especie, nos permitió llegar en dos horas de buen galope hasta la granja de mi amigo, situada á tan corta distancia de la vía, que los pasajeros podían divisar, sin moverse de sus cómodos asientos, la parte más elevada de la

casa, conocida con el nombre de Tower-Ville. La granja, con su conjunto irregular de edificios altos y bajos, antiguos y modernos, contruídos á medida que la riqueza de sus propietarios aumentaba, y con su gran muro de piedra blanca que la circundaba á manera de muralla, más parecía una fortaleza irreductible, que una sencilla casa de labor.

Su construcción databa de muchos años; había sido primitivamente un fortín del ejército de la República en pleno territorio indígena, y poco tiempo después, fué adquirida por el abuelo de su actual propietario, el judío Míster Jacobus Ville, para explotar allí las grandes riquezas de los bosques de la comarca.

No bien nos habíamos apeado en la puerta exterior, cuando vimos venir hacia nosotros dos hombres con los caballos al paso, uno adelante del otro, pareciéndome que éste tenía todo el aspecto de un amo, mientras el otro no era más que su criado.

Franck palideció ligeramente, y me dijo, señalando á uno de los dos hombres: — « Es mi padre; » — mientras Míster Isaac Ville en persona, había detenido ya su caballo delante de nosotros.

Franck me presentó como un viajero amigo

que deseaba conocer el centro de la Unión y á quien había invitado á asistir á alguna carcería en sus propiedades; y su padre, sin bajarse, me extendió una de sus manos, grandes, callosas, gruesas, estrechando la mía con un fuerte apretón, pareciendo no darse cuenta de la extrañeza que me había causado su aspecto verdaderamente estrafalario y hasta horrible.

Sus grandes botas de búfalo cubríanle las piernas hasta el muslo, y en sus enormes pies llevaba incrustadas un par de espuelas de plata con rodajas tan afiladas como puñales; su casaca, de cuero fuerte, abotonada hasta el cuello; su pescuezo, ancho como el de un toro, sobre el cual se balanceaba su cabeza descomunal; su cara, roja, amoratada, cubierta de arrugas, iluminada apenas por dos ojos azules de fulgor extraño; y para completar tan extraordinario jinete, hay que imaginar un caballo grueso, de mirada viva, de pelo color tabaco, con pesados arreos negros. Amo y bestia parecían una misma cosa, fundidos en un mismo molde y destinados á no separarse jamás.

Míster Isaac Ville me miró fijamente un rato, me preguntó mi nombre, y sin decir más, hizo girar su caballo y partió al trote corto

en dirección al campo, haciendo revolear en el aire su gran látigo de cuero con puntas de plomo.

Su criado tomó nuestros caballos para llevarlos al establo. Era un negro alto, fuerte, con la cara ancha y la nariz horriblemente deprimida. En África, se hubiese confundido con un hotentote, y en un jardín zoológico con un gorila. Parecía tan viejo como su amo, y su traje era aún más extravagante: una especie de calzón de cuero, que dejaba las piernas al descubierto, y luego una casaca de tela basta y pintarrajeada.

Como era ya muy tarde y nos hallábamos cansados por el gran viaje, ese día no salimos, entreteniéndonos en ver la multitud de trabajos que se verifican en el local cerrado de la granja, bajo la dirección de los capataces, que son otros tantos amos en miniatura, haciendo funcionar siempre sus rudos látigos sobre las espaldas de los infelices. Recorrimos toda la casa, pero no volví á ver á su dueño, y sólo supe por Franck que Mís-ter Ville y su negro se habían ido á comer á los bosques.

Á la noche, me encontré con un dormitorio muy bien puesto, al lado del de mi amigo; y el cansancio del ferrocarril, por una parte,

y la perspectiva de un día de paseo, por otra, me hicieron tomar un sueño profundo.

No habían pasado muchas horas, cuando un recio golpe en la ventana me hizo despertar; me levanté en seguida y corrí hacia ella. Al abrir el postigo, me encontré con la deforme cabeza del negro, que, en la obscuridad, parecía horriblemente abultada; venía á invitarme de parte de su amo, para salir inmediatamente á organizar una cacería de búfalos. Yo contesté que iría en seguida; avisé á Franck, y en menos de cinco minutos ya estaba afuera, pronto para salir, con la carabina al hombro, pero con la cabeza algo pesada por el sueño tan bruscamente interrumpido.

Eran las tres de la mañana; la noche estaba muy hermosa, y una calma fría y tranquila envolvía á toda la naturaleza; el campo se adivinaba á lo lejos como una gran extensión clara, limitada en el horizonte por los bosques inmensos, que se extendían como una ancha faja obscura, presentando el aspecto de un mar.

Abajo, junto al portón, se distinguía, fija é inmóvil como una estatua de bronce, la silueta de Míster Isaac Ville, que nos estaba esperando con impaciencia: parecía no haberse desmontado de su grueso caballo color

tierra; llevaba el mismo traje que la víspera, y sólo una carabina que le cruzaba la espalda y cuyo caño sobresalía brillándole por encima del sombrero, hacía saber que iba de caza. Pocas varas atrás de él, aguardaba también su negro sirviente, tan quieto y callado que en la obscuridad parecía una figura monstruosa de relieve, esculpida sobre uno de los pilares blancos de la entrada.

Al momento estuvimos con ellos, y una vez abiertos los portones, salió toda la comitiva; adelante, iba el negro Samma para explorar el camino, y Míster Isaac Ville, en medio de nosotros dos, hacía trotar tan fuertemente á su caballo, que sus pisadas estremecían la tierra.

— Hay dos horas de aquí al bosque, — dijo Franck.

— No iremos al bosque, — replicó su padre; — iremos á Spaw-Field á cazar algún búfalo para divertir á este muchacho extranjero; y al decir estas palabras, referentes por primera vez á mí, el colono me miró tan bondadosamente, hasta parecerme que entre las arrugas de su cara quería dibujarse una sonrisa protectora, que me atreví á entablar conversación con él, comenzándole á hablar de sus hombres y de sus propiedades.

—Tengo más de cien leguas, — me dijo con sequedad. — En cuanto á mis hombres, no los he calculado, pues unos me pertenecen, mientras otros no son más que simples arrendatarios.

Y como me llamasen la atención aquellas palabras *me pertenecen*, que él había pronunciado sencillamente, sin forzar la voz, el colono me contestó: — Pero, si son los hijos de los esclavos míos, de mi padre y de mi abuelo! No se podrían ir de mis tierras porque no conocen otras. Por lo demás, ellos son felices, viven muy contentos, trabajando siempre hasta que mueren, y son enterrados muy humanamente en un cementerio que hay más allá de los bosques. Yo rara vez ando con ellos: sólo cuando roban ó incendian los castigo con este mismo látigo de puntas de plomo, hasta sangrar sus espaldas; pero esto sirve de escarmiento, porque si no lo hiciera así, todos me perderían el respeto, se entregarían al pillaje más indigno, y esto sería una vergüenza para la granja de los Ville. Por lo demás, — añadió, — es muy maldita esta raza de esclavos, sobre todo, los negros. Ah! los negros. . . . es la peor casta de hombres que existe en la humanidad. Yo nunca les hablo, porque no entienden, ni aún les grito como

mis mayordomos: les pego simplemente, porque si no me viesen fuerte y malo, me asesinarían sin misericordia y luego me cortarían las orejas, como lo hicieron con mi hermano durante la última guerra. . . .

Yo me atreví á recordarle que en la República todos éramos iguales, y que, además, allí la justicia y la razón se encargaban de pensar á todos, fuesen negros ó blancos, según la gravedad de su delito. . . . Pero Míster Ville no me dejó concluir.

— Bah! — me dijo con su voz ronca, — la razón, la justicia, los tribunales. . . esas son pamplinas: están muy buenas para la pobre gente de la ciudad que se somete á ellas; yo aquí soy libre, hago lo que me da la gana, castigo á los animales que hacen daño á mis bosques, lo mismo que á los hombres que no quieren trabajar y que son tan perjudiciales como aquéllos; en mis tierras, no hay más ley ni más razón que el trabajo; el que trabaja de la mañana á la noche, tiene su buena ración á la hora del descanso; al que trabaja poco y de mala gana, se le apalea, y al que no quiere hacerlo, se le extermina. . . . Ah! — agregó con un tono feroz de convicción, — si esta ley reinase en la ciudad, qué bien andaría aquello!; pero creo que es al revés: allá,

los que no hacen nada, gozan y se divierten siempre, y los que trabajan se mueren de hambre; así es como entienden ustedes la justicia y la razón del mundo

Seguimos trotando largo rato en silencio; no se oía más que el resoplido de los caballos y sus pisadas sobre la tierra dura, y no se veía otra cosa que una gran nube de polvo blanquecino y espeso que nos envolvía á todos.

Ya se habían borrado en el cielo todas las estrellas y el día empezaba á despuntar por el horizonte, cuando el colono detuvo su caballo, diciéndonos en voz baja:— « Ya estamos en Spaw Field; » señalando al mismo tiempo el suelo donde crecía una yerba alta, oscura, consistente, la señal infalible, la *yerba del búfalo*, que cubre las inmensas praderas donde vagan estos animales, constituyendo su principal y casi exclusivo alimento.

No había transcurrido mucho rato, cuando el viejo esclavo Samma dió un grito estridente; detuvimos nuestros caballos, y merced á las primeras claridades del día, que ya marcaba suavemente los contornos de la naturaleza, distinguimos una manada de búfalos envueltos en el vapor espeso de la madrugada, con sus grandes moles de carne y sus ojos débiles

y apagados, esperando inmóviles la luz del sol para emprender otra vez su larga vagancia á través de las praderas y de los valles de sus inmensos dominios del norte.

Este viaje interminable en busca del alimento es muy penoso para los pobres animales, porque los hombres y los lobos los persiguen sin cesar; y en las alturas, fuera del alcance de su vista miope, un enjambre de águilas y de cuervos les acompaña siempre para desgarrar al primero que cae extenuado durante la marcha. Entonces, se produce una escena horrible: el búfalo, una vez caído, casi muerto de hambre ya, no se mueve más, y bajan las águilas y los cuervos, se posan sobre él, clávanle las garras corvas y buscan afanosamente sus ojos ocultos bajo las espesas crines; lo cubren de heridas, le desgarran la carne, pero el búfalo sigue inmóvil, estoico, sin levantarse más, dejando escapar tan sólo de tiempo en tiempo un grito ronco semejante á un bramido de pecho, único que indica la vida de la víctima de este festín tan prolongado, que suele durar hasta que los huesos del potente animal blanquean sobre la tierra.

Míster Isaac Ville ya había soltado las bridas de su caballo y tenía la carabina pronta en las manos, como viejo cazador. Imitando

la costumbre de los indios, se proponía correr á la manada y, yendo á escape, disparar su arma para herir al búfalo escogido.

Mientras tanto, Samma avanzaba, con su caballo al paso, sobre los pacíficos animales, que parecían no darse cuenta de nuestra inesperada presencia.

De pronto, Míster Ville puso su caballo á escape mediante un formidable espolazo; sus ojos relumbraron con un contento feroz, al precipitarse sobre aquellos colosos negros, y su genio bestial pareció colmarse al saltar sobre aquella gran masa de carne que iba á herir sin piedad. Nosotros lo seguimos á gran galope; en un instante, estuvimos encima de los animales, que, estupefactos, atemorizados, sólo pudieron levantarse y huir, ágiles, robustos, dando prodigiosos brincos, siempre delante de nosotros. La carrera se hizo desenfrenada; el colono había empuñado su látigo de puntas de plomo y azotaba con furia los flancos de su caballo color tierra, que sangraban copiosamente á pesar del vertiginoso galope, mientras con sus espuelas de plata seguía dando grandes taconazos en la barriga del animal, que resoplaba fatigado, pero que cada vez parecía estirarse más, obedeciendo á los impulsos brutales de su jinete.

En breves minutos, uno de los búfalos, cansado ya, cambió bruscamente de dirección: era la víctima elegida; todos la seguimos, y un instante después resonó un disparo de la carabina del colono, y el animal no dió sino tres ó cuatro brincos más, se detuvo, balanceó dos ó tres veces su cabeza enorme, bramando sordamente, y cayó desplomado, echando bocanadas de sangre. En el acto, Samma se precipitó sobre él y lo degolló de una cuchillada; el búfalo quedó tendido. Á su lado, ya estaba rojo, sudoroso, con la faz congestionada, pero con un gesto triunfal en su fisonomía, Míster Ville, dando grandes taconazos sobre aquel montículo de carne, con sus botas de cuero, enrojecidas por la sangre de su caballo.

Recién el sol aparecía sobre el horizonte, cuando aquella violenta escena de caza había terminado.

Á la luz incierta del amanecer, no era la lucha de un hombre contra un animal la que habíamos presenciado, sino la lucha de dos animales igualmente fuertes, igualmente salvajes, pero uno más inteligente que otro, y éste era el vencedor, Míster Isaac Ville.

El día se presentaba hermoso; la salida del sol había empujado para el horizonte un gran

montón de nubes blancas, y allá, confundida con ellas, se divisaba todavía la gran manada de búfalos fugitivos, que, á juzgar por las sensibles ondulaciones de la marcha, Samma dedujo que continuaban su carrera desenfrenada hacia el Oeste.

— Vamos á comer lengua de búfalo, — dijo Míster Ville, después de un momento de silencio.

— Samma no se hizo esperar: metió ambas manos en la boca del animal y con rapidez asombrosa, extrajo la lengua caliente todavía, y la metió en su morral.

En seguida, partimos en dirección á los bosques; esas selvas casi vírgenes, añosas, enormes, que ocupaban una extensión de más de veinte leguas cuadradas, constituían la gran propiedad de los Ville, que extraían más riquezas de su seno frondoso que de una mina de oro inagotable.

Después de varias horas de marcha, bajo un cielo de árboles, llegamos á un claro, donde grandísimos eucaliptus verdes y frescos formaban una especie de dosel, bajo el cual el pasto alto y suave ofrecía un blando lecho para descansar. Allí atamos nuestros caballos, y mientras Samma ponía la lengua á cocer sobre un viejo tronco, Míster Ville se acostó

sobre la yerba, encendiendo una pipa cargada hasta los topes de legítimo tabaco cosechado en sus tierras de Virginia.

En silencio, comenzó la comida. En vano el buen Franck quiso iniciar varias conversaciones: su padre no daba curso á ninguna; parecía distraído, mirando vagamente las grandes columnas de humo que salían de su boca, envolviendo por un momento su cabezota en una nube blanca y espesa.

La lengua estaba deliciosa; todos la empezamos á comer á grandes bocados, menos Samma, el negro, que se había quedado atrás de mí tendido de barriga sobre la yerba, con la cabeza apoyada en los codos y mirándome con sus ojos redondos y estúpidos, como un animal suplicante.

Yo le extendí un pedazo de carne en la punta de mi cuchillo; pero el negro me lo rechazó dando un gruñido que hizo que su amo clavase su vista en él.

Míster Ville me dijo:

— No le dé carne á Samma; él no come nunca carne: no come más que yerba, ó frutas, ó patatas, porque odia la carne; — y agregó: — Cuéntanos, Samma, tu historia del bosque.

El pobre negro parecía inquieto y horriblemente mortificado por aquel recuerdo de su

señor; no podía oír hablar de él sin estremecerse.

Hacía muchos años de eso: era muy joven todavía; una noche vagaba como de costumbre siguiendo los pasos de su amo á través de los bosques. Hacía un tiempo horrible. Durante el día, un día triste y gris de riguroso invierno, había llovido con gran furia, y por la noche, á la lluvia se unió un viento huracanado, que parecía verse á la luz de los relámpagos y entre el fragor de los truenos, como un sér vivo derrumbando los árboles y barriendo las llanuras con los impulsos feroces de unos brazos invisibles.

Habían estado muchas horas de caza, y amo y criado se hallaban rendidos. Míster Ville no llevaba en su morral más que un pequeño pedazo de lengua de búfalo, semejante á aquella que acabábamos de comer.

Ya habían atravesado varias millas de bosque, cuando Míster Ville detuvo su caballo en un claro. — «Samma, — gritó con voz imperiosa, — prepárame el pedazo de lengua; yo voy á beber en el arroyo cercano.» — Y el amo desapareció tras un grupo de árboles.

Samma preparó el fuego y puso la lengua á cocer. Era media noche; hacía un frío terrible. Los árboles se estremecían desde sus

negros troncos hasta la punta de sus ramas, y el viento, á través de la selva, producía un rumor sordo, espantoso, semejante al de un mar en tempestad.

Samma tuvo miedo, y además tenía mucha hambre: hacía dos días que no podía comer ni beber, porque el amo se devoraba todo y secaba hasta la última gota de su frasco de ron.

La lengua estaba pronta ya y exhalaba un vapor blanco, apetitoso, que el negro aspiraba con sus enormes narices abiertas. De repente, le dió algo así como un vértigo de hambre, y en un segundo, sin pensar más, se abalanzó hacia el fuego y metió de un golpe toda la carne dentro de su boca, que se dilató como la de una serpiente; luego miró á su derredor: el viento seguía mugiendo cada vez con más furia, pero Míster Ville no había vuelto aún; y entonces, una vez devorada la lengua, súbitamente arrepentido, Samma empezó á temblar: la visión de su terrible amo se le presentaba al infeliz con toda la viveza de que su mente era capaz. Ah! Míster Ville se presentaría en seguida; saldría del vientre de uno de aquellos grandes árboles, desde donde había visto al pillo y al ladrón, y le mataría seguramente, allí mismo, de un golpe, con su hacha ó sim-

plemente de un tiro, y dejaría su cuerpo sin sepultar, cual lo había hecho ya con otros bandidos, para escarmiento de los demás, que verían con horror cómo los animales inmundos se les subían encima y les roían su cuerpo, en tremendo castigo, impuesto por el supremo juez que reinaba como un Dios en la granja de los Ville.

De repente, Samma tuvo una idea inaudita, pero que serenó su fisonomía en un instante. Tenía una cuchilla de monte, grande, afilada, cortante; se sacaría con ella un pedazo de su pierna y lo pondría á cocer, para escapar así de las iras de su amo. Y en un impulso brutal, desprovisto de sensibilidad, casi inconsciente, ejecutó rápidamente su pensamiento. Al rato, un pedazo de carne chorreando sangre, cubierta con una piel negra y gruesa, se cocía entre los chisporroteos del fuego que comenzaba á apagarse.

Á los pocos momentos, llegó el amo con su frasco lleno de agua, y al ir á probar la carne, advirtió que tenía un gusto particular, dulce, desagradable, y no la comió, limitándose á cruzar varias veces la cara del negro con su rebenque de puntas de plomo. En seguida, montó á caballo y partió para llegar á su casa antes del amanecer.

Era ya de día, cuando el negro Samma llegó casi arrastrándose á la granja. Allí pasó muchas semanas echado en un montón de pasto sin tomar alimento y gruñendo siempre como un animal enfermo. Desde entonces, jamás volvió á probar la carne.

Míster Ville había oído esta relación tan horrible como singular, con cierta complacencia extraña, y al terminarla, abrió su boca para reirse por primera vez roncamente, con una risa gutural, semejante al bramido de pecho de los búfalos, al mismo tiempo que dejaba ver dos colmillos largos, amarillentos, viejos, que parecían más de un animal que humanos.

Desde ese momento, miré con horror á todos los habitantes de la granja de los Ville. De vuelta á la casa, apenas pude dormir, pensando que á media noche, como la víspera, se me volvería á presentar la cabeza deforme de Samma, el esclavo, para invitarme á alguna cacería de nueva especie, inventada para satisfacer los instintos sanguinarios y execrables de su amo.

Al día siguiente, me levanté á la madrugada, pero Míster Ville y su esclavo ya habían partido para los bosques; no me pude despedir de ellos, y con mi amigo Franck volvimos á

pasar á gran galope el ancho camino que conduce de la granja á la estación.

Estaba próximo á partir el tren rápido de la capital del Pacífico, que al día siguiente nos había de dejar en San Francisco; subimos en él de prisa, y al ponerse en movimiento, recién me dí cuenta de que había escapado de aquella región misteriosa y salvaje, donde sólo pasé un día de caza, pero cuyo recuerdo lo tengo tan presente como la alta y solitaria imagen de Tower-Ville, blanca como el ala de un pájaro, caído en el suelo, que se desvanecía lentamente en el horizonte, á medida que aumentaba la velocidad del tren.

OLAFF

No supimos qué hacer con mi amigo Federico cuando el tren empezó á apresurar su marcha para cruzar la desierta llanura que separa á B de R El paisaje no ofrecía interés; á ambos costados de la vía, era igual, monótono, triste, sin casas ni árboles: un terreno pedregoso y gris, que se extendía á todos lados en cuanto alcanzaba la vista.

Habíamos releído ya muchas veces nuestros diarios y revistas, y como sucede en esos viajes incómodos en que las personas extrañas, que se han visto por primera vez, se encuentran unidas de pronto por una especie de simpatía y amistad que suele durar lo que dura el viaje, trabamos conversación con un

grupo de viajeros que habían formado su reunión en un extremo del coche.

En su mayoría eran franceses, y el que llevaba la palabra era un hombre grueso, bajo, de barba canosa y ojos grises, color de acero, que brillaban bajo el ala de un gran sombrero de castor.

Hablaba reposadamente, y su voz, aunque no muy fuerte, era suficientemente clara para oírse bien á pesar del gran ruido del ferrocarril.

Cuando nos aproximamos á él, estaba disertando sobre Rusia, y decía con la convicción de un hombre que ha corrido todo el mundo :

« — Existen pocos países más supersticiosos que Irlanda; sólo conozco uno que le supera : es la tierra del Czar. — El Lempricam, el Goncooner, el Duhanlaa, y tantos otros monstruos extraños que la invención popular irlandesa ha revestido con las formas más maravillosas, no son nada en comparación del número infinito de monstruos igualmente extraños, buenos y malos, generosos ó pérfidos, que vagan siempre por las estepas de Rusia.

Allí, cada pueblo tiene su protector ó su deidad que se aparece á los sencillos habitantes, ya en forma de una estrella, ó de un águila,

ó más bien de un humilde cordero de lana blanca é inmaculada.

Del suceso más insignificante, hace aquella invención fantástica, una leyenda inverosímil, que todos creen con la misma sinceridad, y respetan por muchos años, hasta por siglos enteros, transmitida sagradamente de padres á hijos. Y esto, que nos asombra á nosotros, los espíritus del mediodía, es perfectamente natural en ellos, porque es más fácil y más humano que se aparezca uno de esos monstruos descabezados, allá lejos, en las llanuras de Rusia, en una tarde gris y horrible de invierno, donde la naturaleza es la primera en inspirar supersticiones, que en la sala de nuestra ópera ó en uno de nuestros *boulevares*, donde nadie piensa en ellos y los cerebros se hallan preocupados por cosas menos extraordinarias y más mundanas.

En uno de mis viajes al norte, me ocurrió desviarme de mi ruta, y favorecido por el buen tiempo, pude llegar hasta el valle del Morskäi, que forma la cuenca del río de su nombre.

En ese paraje, la naturaleza se muestra bien extravagante y caprichosa: montones informes de agudísimas rocas se elevan al cielo, y á su lado, dejando apenas el paso para un hombre,

se ven precipicios inmensos, verdaderos despeñaderos, donde la vista más segura se pierde entre los remolinos del agua que cae de las montañas, produciendo un ruido aterrador al estrellarse contra el fondo.

En el valle, jamás se ve el sol; de mañana, las grandes montañas que cruzan hacia el Oeste, como una línea de gigantes soldados dispuestos en batalla, ocultan completamente la luz del sol, y de tarde, el campo amarillo, iluminado en la altura, proyecta una gran mancha de obscuridad hacia el centro del valle. Esto es durante el verano; pero en la mala estación, todo se vuelve muy horrible, y el viento del norte parece afilar aún más los desnudos peñascos, azotándolos con sus ráfagas heladas y silbantes. Entonces, nadie se atreve á ir hasta las alturas del Morskäi, y es el obscuro fondo del valle el lugar más apacible y tranquilo. Allí, no hay otra cosa que la soledad; nadie vive en él, porque los supersticiosos pastores han alejado para siempre sus rebaños y se siente de día y de noche un ruido misterioso, continuo, apagado, semejante á un redoble fúnebre de tambor, que baja del lado de las montañas.

Durante el buen tiempo, muchos viajeros van á escucharlo, á la vez que á admirar los

paisajes incomparables que ofrece la naturaleza, y entonces, ya de boca del guía, ya de los labios de algún pastor de las cercanías, se oye una historia muy singular.

Según ellos cuentan, no hace muchos años que ese rumor extraordinario agita las soledades del Morskäi.

Era durante la sublevación de los tártaros, cuando una tarde muy triste y fría de invierno llegaba al Morskäi un regimiento del imperio.

El regimiento se detuvo muy fatigado en aquel valle, tan encajonado y oculto, que parecía dispuesto por la providencia para que se pudiese descansar cómodamente de las penurias de una terrible jornada.

Los soldados se hallaban demacrados, con los pies sangrando y las manos despellejadas por el helado roce del fusil; habían caminado cuatro días sin cesar, entre la nieve, perseguidos por una horda de bárbaros que no había podido darles alcance. Y al caer la tarde, los soldados se tendieron unos junto á los otros, sobre el duro suelo, para dormir sin sobresaltos, en calma, por primera vez, durante aquella cruda guerra.

Cuando todos estuvieron inmóviles, el jefe llamó á su tambor, y en silencio, partió con él hasta la cumbre de un pico cercano, para ob-

servar el horizonte antes de acostarse. La llanura estaba solitaria, inmensamente vacía, y en el horizonte, iluminado apenas por las últimas claridades del día, no se veían rastros del enemigo.

El jefe bajó de la montaña; pero el tambor, un viejo que había servido más de medio siglo en su regimiento, le gritó sobreexcitado que volviese, y desde la altura, le enseñó con su mano descarnada, un punto blanco, apenas visible en el cielo, junto al horizonte, murmurando en su rudo lenguaje: — «Allá vienen los malditos!» — Pero el jefe, nuevo en el regimiento, no le creyó, ni le hizo caso, diciéndole en tono de broma: — «¿Qué sabes tú, que eres viejo y no ves á una *versta*?» — Y sin decir más, bajaron los dos de la montaña.

El tambor se llamaba Olaff, y todos lo respetaban en el regimiento, con una especie de temor supersticioso. Decían que en su juventud había sido inmensamente rico; que, luego, había pasado más de veinte años en Siberia, y como hacía ya medio siglo que estaba sirviendo, le atribuían una edad verdaderamente incalculable. Era el hombre más alto de la comarca, y sus bigotes largos, blancos, casi llegándole á los hombros, y sus espesas cejas,

igualmente blancas, que circundaban unos ojos hundidos, penetrantes, color de acero, contribuían á darle un aspecto feroz.

Cuando alguno caía enfermo, él era quien le extraía el mal, mediante sus conocimientos profundos y sus habilidades nigrománticas.

Durante la marcha, Olaff iba adelante, escudriñando el horizonte, siempre nebuloso y sombrío, y sus ojos se habían acostumbrado de tal modo á ver á enorme distancia, que á pesar de ser los más viejos, eran los más vigorosos y perspicaces del regimiento.

En los días de borrasca, solía subirse en medio de la tempestad á la cumbre de las más inaccesibles rocas, para observar si amenazaba algún peligro, y allí estaba horas enteras, desafiando los vientos, con su traje deshecho, en girones, con su nariz corva é inmensa y su vista penetrante clavada en el espacio, como un águila en acecho, desde lo más alto de su peñasco.

Cuando Olaff hacía redoblar su tambor, ya el regimiento se ponía de pie, pues el enemigo andaba cerca, á pocas *verstas* más allá de la vista de cualquier hombre; pero él lo había advertido el primero por algún indicio, por un ave que pasaba volando al norte, fuera de estación, por un ligero rumor del suelo, por

un humillo gris, imperceptible, que se elevaba apenas sobre el horizonte.

Una vez que el jefe se hubo dormido, Olaff se levantó de su lado y volvió silenciosamente á la montaña.

Ya era noche y nevaba muy finamente; la llanura se veía siempre solitaria, y los indicios que el viejo tambor había creído percibir de día, se habían borrado completamente en la obscuridad.

Allá abajo, en el fondo del valle, se adivinaba, sobre la blancura del piso, el regimiento imperial, negro, inmóvil, profundamente dormido. Los soldados eran muy veteranos, pero la marcha había sido tan forzada y extraordinaria, que todos aquellos músculos parecían deshechos y paralizados, como si un hierro los sujetase al duro suelo.

Pasaron varias horas en un silencio absoluto. El frío arreciaba horriblemente; pero Olaff, con la piel azulada y los miembros rígidos, permanecía siempre de pie, como clavado en la roca, con la vista fija en el horizonte.

De pronto, cerca de la media noche, sintió un ruido formidable de caballos que golpeaban en el piso con sus cascos salvajes, entrando á carrera desenfrenada por la boca del valle.

Los tártaros habían surgido de la obscuridad, como monstruos que vomitase la tierra.

Olaff quiso bajar de la montaña para avisar á sus compañeros, pero su cuerpo estaba paralizado por el frío y apenas pudo dar unos pasos hasta recostarse en la hendidura de una abrupta roca. Allí, empezó á redoblar en su tambor con furia; pero el regimiento seguía inmóvil, dormido bajo una espesa capa de nieve, y nadie le pudo oír; sus redobles eran cada vez más violentos, más graves, más fúnebres; tocaba desesperadamente: «ataque! ataque!» mientras sus carnes se volvían más lívidas y sus ojos salían más afuera de las órbitas, y quedó inmóvil en su sitio; sus piernas heladas parecían de piedra, sólo sus muñecas flacas batían mecánicamente el parche del tambor. Los tártaros exterminaron á todo el regimiento, nadie escapó con vida; y á la madrugada, todos aquellos soldados eran un montón de cadáveres.

Los tártaros vencedores tampoco pudieron descansar, porque el redoble de Olaff seguía siempre, cada vez con más furia, del otro lado de la montaña.

Registraron todo el valle: nada encontraron en él; pero el tambor seguía tocando

«ataque!» cada vez más desgarrador y violento.

Entonces, tomaron sus caballos y partieron á la carrera desenfrenadamente, perseguidos por el redoble de Olaff, que les retumbaba siempre en sus oídos salvajes.

Á los pocos días de la matanza, Olaff, siempre junto á su roca, empezó á crecer lentamente, y su piel helada tomó un aspecto semejante al de la piedra; sus brazos, flacos, descarnados, se alargaron desmesuradamente, y sus ojos salieron de las órbitas, dejándolas huecas y vacías. . . .

Hoy, han pasado muchos años, y el viejo Olaff tiene el aspecto de una vetusta y colossal montaña; sus brazos son de piedra, sus piernas juntas están petrificadas también, y sus facciones se han borrado con la intemperie; sólo el ruido misterioso de su tambor, lento, fúnebre, terrible, ahuyenta á los habitantes del valle. Por eso es que los pastores han abandonado con sus rebaños aquellos parajes, y los soldados jamás llegan hasta allí.

Y ahora, terminó diciendo el viajero, saben ustedes qué es ese redoble fúnebre y aterrador? Un ingeniero de San Petersburgo, amigo mío, me lo ha dicho: no es otra cosa

que una corriente de agua clara que baja dando pequeños saltos por la ladera de la montaña antes de caer en el abismo del Morskäi. »

Y sin embargo los campesinos rusos juran que es el tambor de Olaff que sigue llamando, para anunciar el asalto de los tártaros al regimiento dormido entre la nieve.

La leyenda trágica y fantástica domina.

NOCHE BUENA

NOCHE BUENA

Aquella noche, Pedro Laqueur llegaría á su casa de muy mal humor: se había retardado un gran rato, dando tropezones aquí y allá con las gentes alegres que llenaban las calles; se había detenido mil veces para dejar pasar las procesiones carnavalescas que recorrían incansables toda la ciudad, y los gritos, y las alegrías, y los chirridos de todas aquellas gentes que lo estrujaban, llevándolo como un mar, de un lado para otro, lo habían puesto verdaderamente furioso.

En balde, quería caminar de prisa, con sus herramientas al hombro, y su blusa, manchada con el polvo terroso de los andamios, echada á la espalda; en balde, evitaba pasar

por los sitios donde mayor era el bullicio. Al doblar cada esquina, se encontraba con la misma multitud que le cerraba el paso, pareciendo querer imponerle su alegría ociosa y bullanguera, y que reía adivinando su gran dolor, el dolor inmenso que llevaba clavado en el corazón y que le hacía ver en cada semejante á un enemigo que se burlaba de él, tan sólo porque era pobre y desgraciado.

También, Pedro no tenía su ánimo para fiestas. Él, que se había pasado todo el año trabajando de sol á sol, amontonando ladrillo sobre ladrillo y dando golpes con la piqueta ó estirando la plomada, expuesto cien veces á quebrarse una pierna ó á matarse tal vez, no tenía aquella noche de fiesta, consagrada para todo el mundo, ni un centésimo que dar á su mujer y á sus hijos. Ah! la desgracia había sido implacable con él.

La muerte de su madre le había llevado todos sus ahorros, y cuando el pequeño capital empezaba á formarse de nuevo, era la ruda enfermedad de su hijo la que le hacía gastar todo en médicos y remedios.

Y sin embargo, los esfuerzos eran inútiles. Josecito, su hijo mayor, el que ya, muchas veces, vestido con una vieja blusa de su padre, le había acompañado al trabajo, para al-

canzarle el balde de argamasa, los ladrillos, un vaso de agua fresca, empeoraba día por día, consumido por un mal ciertamente desconocido.

Una debilidad inmensa lo había postrado en cama, y la fiebre, una fiebre persistente, maligna, aparecía siempre, sobre todo por la tarde, para volver al día siguiente á la misma hora; y cada vez, el enfermito quedaba más aniquilado, más blanco, más hundido en las sábanas y en las almohadas, que parecían devorarlo lentamente.

En los últimos días, sobrevino una fatiga enorme, y la voz se le enronqueció hasta quedar afónico; cuando llamaba á su madre, parecía salir de aquella pequeña cama una gruesa voz de hombre enfermo. Mamá! Mamá! y el más pequeñuelo de sus hermanos se echaba á llorar ante aquel grito extraño, jamás oído por él.

Era ya noche cerrada, cuando Pedro empujó la puerta de su casa y entró en ella, dando traspies en los altos escalones de madera, sosteniéndose casi en las paredes para no caer, atontado por el pensamiento de encontrar á su mujer llorando desesperada, ya todo caído y revuelto por el desorden singular de la muerte. Pero no, allí estaba todavía

la respiración gruesa, entrecortada, silbante: se oía desde el corredor.

Pedro entró al cuarto del niño y fué derecho á la cama, sin dejar la piqueta ni la pala, y se detuvo delante de ella, mirando fijamente á su hijo inmóvil, blanquísimo, con los dientes apretados y los ojos hundidos. Así estuvo un largo rato, luego recostó sus herramientas al pie de la cama, se enjugó los ojos con su manga sucia de cal, y se arrodilló, reclinando su cabeza gris sobre aquel cuerpecito de ángel que se enfriaba por instantes.

En tanto, afuera, en la calle, la multitud era cada vez más densa, y los espíritus parecían cada vez más alegres y excitados. Las mil y mil luces de colores, los farolillos chinoscos y los cohetes de Bengala, irradiaban una luz blanquecina y misteriosa á través de las ventanas de la casa. De rato en rato, las gentes, al pasar, llamaban á gritos, mezclados con risas y algazaras, al dueño de casa, que tan poco participaba de la gran alegría universal.

De pronto, pasó un grupo: iba capitaneado por un clown con la cabeza empolvada y un gran cuello de volados blancos sobre el cual se erguía como una mueca su cara roja, y al pasar, el clown dió un alarido y se deslizó

por el corredor angosto y obscuro hasta asomarse á la puerta.

Pedro tomó instintivamente el mango de su piqueta; pero cuando volvió otra vez la cabeza, la visión blanca, carnavalesca, se había desvanecido. El payaso, asombrado sin duda por aquel cuadro de tristeza incomprensible para un corazón de Pierrot, se había deslizado hasta la puerta y ya estaba otra vez dando saltos y saludando aquí y allá, entre la multitud que festejaba ruidosamente sus gracias y sus estupideces.

Pedro volvió á recostar su cabeza sobre el cuerpo del niño; y la madre, al ver la cara emblanquecida del albañil junto á la cara pálida del niño, pareció recién darse cuenta de lo idénticos que eran el padre y el hijo, viejo el uno, joven el otro, pero ambos con las mismas facciones, ambos con aquella fisonomía de honradez, nunca desmentida, de una familia fuerte de trabajadores.

Ah! seguramente, el pequeño José iba á ser un buen obrero.

Cuando su padre fuese viejo, él sería el jefe de aquel hogar, y en las tardes frías del mes de Julio, habría fuego y alimentos en la casa, ganado todo con el trabajo de su cuerpo, con su jornal doble de albañil valeroso, y como

su padre, también lo iría á buscar al andamio más alto, á la tabla más insegura, la que se columpia en el espacio por arriba de toda la construcción, donde sólo van los jóvenes y los fuertes, que nunca han sentido un desvanecimiento y que trabajan tranquilos, reposados, amontonando piedra sobre piedra, suspendidos como pájaros sobre la ciudad entera, que, allá, en el bajo, sólo espera el primer vértigo para devorarlos.

Y toda esa esperanza se iba á perder para siempre; muerto Josecito, ya quedaría cortada la descendencia; y aquellos viejos abuelos que Pedro recordaba siempre, poniendo los primeros ladrillos al más antiguo edificio de la ciudad, aquella tradición vigorosa de una familia de obreros, que se evocaba siempre con el orgullo de una raza de generales, quedaría trunca. La muerte venía á desbaratarlo todo y era inútil luchar más.

Había pasado ya la media noche, y el enfermo seguía cada vez peor; la madre sollozaba calladamente al lado de su cama, y en las medias tintas de la habitación, alumbrada apenas por vieja lámpara de aceite, se veía la sombra del albañil que gesticulaba, estrujándose el cabello y pronunciando palabras de amargura infinita. De tiempo en tiempo, se

acercaba á la cama de su hijo y lo llamaba en voz alta: José! Josecito! y luego, echaba á llorar fuerte ó se tendía en su lecho con las manos sobre el rostro, ahogado de desesperación y de ira.

Después, cerca ya del amanecer, Pedro quedó inmóvil, recostado en su almohada, respirando con lentitud, porque, al fin, su pobre cuerpo reclamaba un instante de reposo.

Afuera, el silencio era completo, y en el cuarto, la débil lámpara seguía extendiendo su penumbra cada vez más vaga y más obscura; la silueta del pequeño moribundo se dibujaba blancamente, y la madre, al lado, seguía reclinada sobre su pecho. Así pasó un gran rato, hasta que la claridad comenzó á entrar por las anchas rendijas de la ventana.

De pronto, el viejo reloj de la casa tuvo un estremecimiento, y después de breves segundos, dió, una tras otra, las campanadas de las cinco.

Las cinco de la mañana! la hora del alba! la hora santa del trabajo para los obreros que ganan el pan de cada día.

Pedro Laqueur dió un salto de la cama: era la primera vez, en veinte años, que estaba á esa hora todavía en casa, y al sentir el viejo reloj, le parecieron una pesadilla todas las tor-

turas de la noche, y sólo pensó en aquel trabajo inaudito, en aquellas fatigas nunca contadas, en el duro jornal ganado siempre con el mismo esfuerzo, y entonces, lo olvidó todo: á su pequeño hijo moribundo, á su mujer, á su familia, recordando sólo aquel trabajo que le devoraba la vida. Y maquinalmente, á toda prisa, se enjugó los ojos, se echó la blusa al hombro, y con las herramientas ya en la mano, abrió la puerta de su casa.

Una racha fría de viento lo hizo toser varias veces; pero en seguida, se repuso, cerró de un golpe la puerta y empezó á caminar á grandes pasos en dirección á *la obra*.

Entonces, sí, que pudo andar á su gusto y con toda rapidez. La multitud de la víspera se había disipado, y las calles sucias, cubiertas de flores secas y de papeles enlodados, como si también ellas estuvieran marchitas por la noche de orgía, se hallaban desiertas y vacías; sólo allá, tras de las grandes casas, se veían las radiantes claridades de un sol perezoso de verano, que venía á iluminar aquel aniversario tan alegre del nacimiento del Señor.

Pedro dobló por una empinada calle que terminaba en la iglesia en construcción, la obra famosa que constituía la pesadilla de toda su existencia. Una vez al pie de ella,

comenzó á subir escalera tras escalera, á subir siempre para llegar á su puesto, y cada vez que se veía más alto, le parecía alejarse y olvidar las amarguras de aquella ciudad negra y terrible, que dormía en el bajo las alegrías de la víspera; y sólo cuando estuvo arriba, en su tabla movediza, balanceándose en los aires, recordó otra vez á su hijo moribundo, y á su miseria salvada ese día con el jornal doble de Navidad.

Y en el silencio de la madrugada, de lo alto, mezclados con la niebla que caía densa, cubriendo las casas y los árboles, bajaron unos golpes secos, redoblados, furiosos.

Era la piqueta de Pedro Laqueur!

EL REY DE NIRVALIA



EL REY DE NIRVALIA

Othón, Rey de Nirvalia, se había vuelto loco.

Una mañana, á la hora en que Su Majestad acostumbraba dejar el lecho, se oyeron fuertes gritos, especies de chirridos inarticulados, que salían de la alcoba real.

Los chambelanes, los ayudantes y los pajes corrieron hacia ella, pero el rey no les permitió entrar; estaba de pie, en la puerta, vestido con su más rica armadura, y su aspecto denotaba un furor extraño, sus ojos azules estaban revueltos, su cuerpo seco y delgado temblaba de pies á cabeza, y sus manos crispadas blandían con furor una espada desnuda, haciendo saltar en pedazos los decorados de la puerta gótica.

La hija del rey, una princesa bella, de trenzas doradas, fué llamada á toda prisa, pero sus llantos y sus ruegos y súplicas sólo sirvieron para exasperar á su padre y enfurecerlo con más violencia.

En la habitación inmediata, estaban los cortesanos, mirándolo con los ojos aterrorizados y las bocas dilatadas por el espanto.

No tardaron los médicos en llegar, y fueron entrando unos tras otros, vestidos con sus más ceremoniosos trajes, y fingiendo una grave preocupación y el más reservado continente: todos ellos se contentaron con mirar al rey de lejos, sin aproximarse. Ay de sus anteojos y de sus pelucas, si se hubiesen atrevido á dar un paso! El rey los miraba desde su alcoba con sus ojos grises y encapotados, sin reconocer á ninguno, y al instante ordenó que se retirasen con la voz más imperativa del mundo.

En seguida, mandó llamar al gran chambelán; éste se presentó con la mayor humildad á recibir sus órdenes. Pero el rey, en cuanto lo vió entrar, le gritó con voz de trueno: — «No sabes que soy tu amo? No sabes que debes doblar la rodilla ante tu rey?» — Era una nueva costumbre; pero el gran chambelán, como consumado cortesano, dobló la rodilla, inclinándose

la cabeza, y esperó las órdenes del rey. — «Mandad,» — dijo; y el monarca gritó: — «Quiero que los ejércitos pasen debajo de mis balcones para que mis soldados me aclamen y me rindan tributo; quiero que, hoy mismo, se dé una gran fiesta en mi palacio: invitaréis á los altos personajes de mi reino y á las más bellas damas de la corte, con la orden expresa de que me saludarán como vos lo habéis hecho, doblando la rodilla con sumisión y humildad, porque el rey es el descendiente de los dioses y quiero que me respeten como á ellos!»

El chambelán inclinó otra vez la cabeza, diciendo con voz doliente: — «Sire, seréis obedecido;» y desapareció.

No había llegado aún medio día, cuando el ruido de las trompetas, fanfarras y tambores del ejército llenaban el espacio, al mismo tiempo que sus banderolas y estandartes de colores brillantes alegraban el aire, atrayendo una inmensa multitud frente al palacio real.

Allí, en lo alto, estaba el rey, rodeado de sus cortesanos; la multitud lo notó extraño, casi cadavérico, pero le aclamó como de costumbre, mientras estuvo presente en el balcón.

Concluída la revista, el rey mandó llamar nuevamente á su chambelán.

— «Cómo es que los soldados han pasado

ante mí sin arrodillarse?» El chambelán estuvo mudo un gran rato, con los ojos vidriosos, fijos en el suelo; al fin, dijo con voz temblona:

— «No es la costumbre, Majestad.»

— «Ah! gritó el rey enfurecido, no es costumbre lo que yo mando, no se me obedece, yo no soy el rey, yo no soy igual á Dios?...» y gritó más alto aún: — «Disponed la muerte inmediata del jefe del ejército.»

El chambelán, que se había tornado pálido como el mármol, murmuró en voz baja, casi imperceptible:

— «Majestad, vuestras órdenes serán cumplidas;» y desapareció en el acto.

Á la noche, el palacio se llenó de convidados; príncipes, ministros, chambelanes, daban el brazo á las damas de la corte, con sus vestidos cubiertos de piedras preciosas, buscando todos al rey para rendirle homenaje y acatamiento.

Al fin, el monarca apareció en la sala del trono, acompañado de un numeroso séquito; todos doblaron la rodilla, y él extendió una mirada de satisfacción orgullosa por encima de las cabezas de sus cortesanos. Su rostro parecía iluminado por una sonrisa extraña, sus movimientos eran rápidos é incoherentes

y sus giros casi ridículos; cada vez que pasaba frente á los espejos, se detenía para contemplar su traje recamado de oro, palpándose convulsivamente todo el cuerpo, como si desconfiase de ser el mismo de siempre.

Pasada la media noche, Su Majestad se retiró de la fiesta entre las miradas respetuosas de todos, aunque los más benévolos lo creían enfermo, y los más suspicaces comprendían toda la horrible realidad de su situación.

El rey entró solo á sus habitaciones, porque no permitió que nadie lo acompañase, y una vez en su lecho, en el silencio y en la calma de la noche, le pareció que su cerebro se aclaraba de pronto, como si un pesado velo le cayese de los ojos.

Qué había hecho aquel día? Estaría soñando? Tal vez todo aquello había sido un acceso de locura? Y recién, volviendo la lucidez á su espíritu, se dió cuenta de que él, á pesar de ser rey, se había visto poseído ese día del delirio de las grandezas, y loco, se había creído también rey. Las órdenes que había dado aquél habían sido cumplidas como de éste, y de ahí, todos sus disparates y atrocidades, y la más grande confusión volvió á reinar en su cerebro desequilibrado.

El ataque había pasado ya, y un abatimiento profundo invadió los sentidos del monarca; ya no era locura aquello: era una especie de transición en que lentamente volvía su espíritu al estado normal.

Las órdenes que había dado durante el día le parecieron entonces extravagantes, increíbles, fruto de su locura, de su alucinación, de su delirio estúpido de creerse Dios y rey omnipotente.

Era evidente: las escenas que recordaba aparecían vivas en su imaginación, como si realmente hubieran existido; pero no podía ser así: aquella multitud que lo aclamaba con delirio, aquella gran fiesta deslumbrante de oro, habían sido y eran falsas, producto de su locura de grandezas, de su ilusión desvanecida.

Y sin cerrar los ojos, sumido en estas reflexiones que aclaraban lentamente su cerebro, pasó toda la noche, esperando que al día siguiente no recordaría más la horrible alucinación de la víspera.

La luz del amanecer entraba ya por las ventanas de la habitación, cuando el gran chambelán penetró en ella con el más profundo recogimiento, dobló la rodilla junto al lecho, y dijo al rey, como tenía costumbre:—«Vengo

á anunciar á Vuestra Majestad que ya es día.» El pobre loco dió un salto sobre su cama y abrió desmesuradamente los ojos, gritando: — «Cómo Majestad? Entonces, es cierto, yo soy el rey, yo soy el Dios? Ah! yo no estaba soñando: era bien verdadero lo que pasó ayer!» — El chambelán se limitó á contestar: — «Vuestra Majestad es el rey, nuestro amo y señor;» — y el monarca lanzó una carcajada estridente, sonora, y siguió riendo un gran rato, ya completamente fuera de su razón.

Desde aquel día, el rey de Nirvalia ha perdido el juicio: tiene el delirio de las grandezas; se cree rey y Dios, y sus momentos de lucidez terminan, cuando alguno de sus pajes ó vigilantes le llama por sus propios títulos; entonces, vuelve á dar sus órdenes extravagantes y descabelladas, y al creerse todopoderoso, ríe siempre, poseído de una locura completamente feliz.

HOSPITAL DE SANGRE

HOSPITAL DE SANGRE

Se sintieron los primeros tiros de la lucha, en una hermosa mañana del mes de Mayo, y en seguida el dueño de la estancia, don Nereo Palacios, quiso convertir su casa en un hospital de sangre para recoger á los heridos que cayesen en las inmediaciones.

En la sala principal, se dispusieron dos filas de colchones con sus respectivas sábanas y almohadas perfectamente limpias, y las pocas hilas y vendas que se pudieron conseguir fueron amontonadas á ambos lados de la puerta de entrada.

Es verdad que en aquel hospital, improvisado por la bondad del dueño de casa, no había cirujano; pero don Nereo unió muy en breve los rudimentos de su ciencia á los del

cura del pueblo vecino, que se refugió en la estancia para consolar y bendecir á los que murieran allí.

Á estas dos buenas personas, se agregaba la hija del patrón, una hermosa muchacha, de ojos verdes, llamada Berta.

Aquel día pasó sin novedad, no oyéndose más que de rato en rato alguna descarga. Se debían batir muy lejos, porque apenas un poco de humo gris se elevaba allá, del otro lado del horizonte. Pero, al caer la tarde, cuando el sol amarillo, casi rojo, rozaba la tierra, aparecieron de pronto encima de la cuchilla varios hombres caminando con los caballos al paso, con rumbo á las casas. — « Ahí están los heridos, » — dijo el capataz, al mismo tiempo que montaba á caballo para abrir la tranquera. Un momento después, la patrulla, siempre al paso, llegó junto á la casa: venía mandada por un sargento, negro, alto, recio, que montaba un magnífico caballo pangaré.

— « Buenas tardes, patrón, » — dijo el sargento á don Nereo, que estaba parado en el marco de la puerta; y añadió en seguida: — « Aquí le traigo unos cuantos heridos; uno de ellos me parece que está boqueando, pero mejor que se muera ahí adentro, para que no

se lo coman los caranchos;» y al decir esto, toda la patrulla echó pie á tierra, dejando sueltos los caballos.

Los heridos eran seis; fueron bajados cuidadosamente uno á uno, y puestos encima de los colchones. Los seis quedaron allí inmóviles, rígidos, destacándose sus oscuros capotes sobre las sábanas blancas.

Don Nereo convidó con vasos de caña á los soldados, y éstos, ya á caballo, se los tomaron de un trago, saliendo en seguida al trotecito, no sin antes haber dicho: — «Que se mejoren, patrón. Buenas tardes.»

Á la luz de un farol, don Nereo, ayudado por el cura y por su capataz, empezó á desnudar á los heridos; á uno de ellos, no hubo necesidad de quitarle la ropa: tenía las facciones más rígidas que sus compañeros y no respiraba ya; una bala le había atravesado el corazón.

El cura se arrodilló junto á él y dióle la bendición; luego lo miró de más cerca, y dijo, levantándose: — «Éste era muy joven.» Después, nadie se acercó.

En tanto, los demás soldados estaban ya bajo las ropas frescas y blandas, y parecían descansar con sus gruesas heridas sólidamente vendadas.

Á uno de ellos, la bala le había dado en el hombro; al otro, en una pierna, y á otro le había deshecho las mandíbulas; éste, aunque parecía mejorarse, murió, una vez entrada la noche, sin articular una palabra á través de su boca informe, y don Nereo cubrióle la cara con su gran pañuelo de rayas coloradas.

Al amanecer del día siguiente, los dos soldados fueron enterrados uno junto al otro, sin que sus compañeros se dieran cuenta. Por toda oración fúnebre, el cura, al bendecir la tierra que los cubría, dijo entre dientes: — « *In pace requiescant,* » y don Nereo y Berta y el capataz se persignaron varias veces.

Al volver del entierro, uno de los heridos preguntó por el cabo que había venido con él, la víspera; pero el cura le contestó con toda sencillez: — « El cabo? Ya se fué. . . . » El herido se dió por satisfecho con esta respuesta y no preguntó más.

Ese día, se sintieron otra vez fuertes tiroteos del mismo lado que el anterior, y antes de la noche, llegó á la estancia un nuevo convoy de heridos. Eran nueve. Y así que estuvieron en las casas, los soldados los fueron bajando en la misma forma que la víspera.

Sólo uno de ellos entró por sus propios pies, caminando con firmeza: traía el poncho, rojo

de sangre, terciado sobre las espaldas, y un pañuelo de color en el pescuezo.

Cuando se le hubo indicado su colchón, se sentó sin esperar más, y quedó quieto, con los ojos fijos en el suelo, balanceándose sobre las blandas ropas. Era un joven de treinta años, moreno, de músculos recios y fisonomía viva y brillante; el pelo, algo largo y rizado, se le veía á ambos lados del sombrero *gacho*, y llevaba al cinto un gran sable de caballería, de bruñido acero.

Tenía el brazo izquierdo deshecho por una bala explosiva. Don Nereo se acercó al joven diciéndole con tono afectuoso: — « Vamos, amigo, acuéstese, que así le vendaremos la herida y descansará. » — Pero el soldado sólo contestó: — « Me han embromao, patrón. . . . me han embromao los iba corriendo, cuando, uno de ellos, se dió vuelta y me tiró á boca de jarro me ha roto el brazo Había de ver, patrón, qué puntería! pero ahora, ya no podré pelear contra esos maulas; me han embromado de veras » Y sin decir una palabra más, se dejó curar como un estoico el brazo deshecho y horribilmente quemado.

Los nuevos heridos fueron vendados de la mejor manera posible.

Á uno, el brazo, á otro, la pierna, á otro, el costado, al de más allá, el pie: todos estaban malamente agujereados por las malditas balas. También, decían que el encuentro había sido terrible, cuerpo á cuerpo. El único conocido de don Nereo, el negro sargento del pangaré, no vendría más á traer heridos, porque lo habían muerto en su puesto, al empezar el combate.

Todos los soldados siguieron bien aquella tarde, con excepción de dos, que, al ponerse el sol, *á la hora de la muerte*, fueron á hacerles compañía á los camaradas del día anterior.

Uno de ellos, era un viejo á quien se le habían descompuesto súbitamente las heridas; el otro, un muchacho, lastimado en el pecho, que estuvo hablando sin cesar de su madre y de su familia, hasta que un vómito de sangre lo ahogó.

Esa noche, quedaron velando don Nereo y su hija. Berta atendió á los soldados, como la más acostumbrada hermana de caridad. Á uno, le alcanzaba agua, á otro, le componía las vendas, al de más allá, le arreglaba cuidadosamente las almohadas.

Cuando llegó al catre donde estaba el soldado herido en el brazo, le preguntó suave-

mente:—«Necesita algo?»—El soldado abrió los ojos y la miró con fijeza; después, dijo:—«Nada; gracias.» Berta iba á seguir ya, cuando la llamó, haciéndole señas con la cabeza:—«Un poco de agua, me hace el favor?»—Berta le trajo un vaso de agua y se lo dió; pero el soldado no pudo mover los brazos para tomarla. Entonces, la muchacha le inclinó suavemente la cabeza, haciéndole beber con todo cuidado tres ó cuatro tragos de agua fresca. El soldado volvió á decir:—«Gracias;» y añadió en seguida:—«Hace dos días que no pruebo el agua.» Berta le preguntó con un poco de más confianza:—«Ha venido de muy lejos?»—«Yo soy del Abra del Betete, distante más de cincuenta leguas de aquí,» contestó el soldado.—«De manera que usted no conoce á nadie por estos parajes?»—«Á nadie.»—«Y allí en su *pago*, tiene madre?»—«Sí, tengo madre y dos hermanos; es decir, tenía antes de comenzar la guerra: ahora, quién sabe! y después de una pausa, en que los dos se miraron con fijeza, el soldado añadió:—«Yo me llamo Martín Santos; pero me dicen Villarreal.» La muchacha lo volvió á mirar, sonrojándose.—«Yo me llamo Berta... si usted necesita algo, ya sabe mi nombre.» En esto,

un herido se quejó en la pieza de al lado, y la joven fué junto á él sin hablar más.

Villarreal volvió á cerrar los ojos y no hizo un movimiento en toda la noche, á pesar de que seguía tan mal, que, á la mañana siguiente, el cirujano de un regimiento, que pasaba casualmente por la estancia, le cortó el brazo á la altura del hombro, temiendo la gangrena. Transcurrieron varias semanas. No pasaban veinticuatro horas sin que entrase algún nuevo herido, muchos de ellos por breve tiempo, porque morían pronto; otros, para salir curados ya y volver cuanto antes á la lucha.

Villarreal mejoraba lentamente, y en los primeros días del mes de Junio ya pudo levantarse y tomar un poco de sol.

Con ese motivo, pasaba largas horas fuera de la casa, mirando los campos devastados, los alambrados rotos y las haciendas cercanas destruídas, y entonces, pensaba en sí mismo, mutilado también de aquella manera horrible por la guerra civil. Se figuraba que, como él, iba á quedar todo el país, desmembrado, herido de muerte, exangüe y sin nervios, como aquel brazo de trapo que el viento movía de un lado para otro. Y cuando veía á lo lejos la polvareda de alguna partida ó se levantaba á media noche para contemplar las luces

de un incendio cercano, ansiaba curarse pronto, en seguida, para montar á caballo y volver á la lucha, para incendiar él también, para vengarse, al fin, en una batalla colosal en que muriesen millares de hermanos, y otros tantos miles quedaran como él, peor que él, sin brazos, sin piernas, ciegos, para que escarmentasen todos de una vez!

Luego, no quería más que morir, morir así, victoriosamente, con la catástrofe, viendo todo caído, arrasado, incendiado de un extremo á otro del país!

En tanto, la guerra había continuado con intermitencias favorables, ya á una parte, ya á la otra; pero, á principios de Septiembre, empezaron á llegar á la estancia rumores de paz.

Las hostilidades fueron suspendidas, y ya hacía varios días que no se sentían tiroteos por ninguna parte.

Los campos parecían reanimarse ante tan gratas nuevas. Muchas fuerzas habían sido ya licenciadas y los paisanos volvían otra vez á su trabajo.

Una mañana, llegó á la estancia el comisario del *pago*, quien, después de andar á monte muchos meses, volvía á hacerse cargo de su sección. El comisario traía noticias ciertas, y las

dió delante de todos, en alta voz: — « Ya no se derramará más sangre. El coronel dijo esta mañana en el pueblo que la paz estaba hecha, y ordenó que cada uno se fuera á su casa. Viva la paz! » Y mientras don Nereo repartía grandes vasos de caña, á manera de *cham-pagne*, todos gritaron con el comisario: « Viva la paz! viva la paz! » Sólo Villarreal quedó mudo, con los ojos desmesuradamente abiertos. Después, repitió lentamente: — « La paz.... la paz.... qué es la paz? » y en seguida, alzando la voz, dijo: — « Y mi brazo? dónde está mi brazo? Así queda todo: la paz para siempre, y yo, para siempre, sin brazo, sin poder trabajar.... Ah! no; prefiero la guerra, que siga la guerra; pelear, puedo con un solo brazo, pero trabajar así, siempre, toda la vida, eso no....! yo no quiero la paz, no quiero la paz.... » — « Debe ser razonable, amigo mío, » — le respondía don Nereo, tratando de aparentar la mayor calma. — « No ve usted que la paz es necesaria para todo el país? »

Pero Villarreal, con los ojos fijos en su brazo de trapo que el aire movía de un lado para otro, no repuso nada, no habló más, guardando uno de esos dolorosos silencios tan peculiares en los gaúchos de nuestra tierra.

Poco tiempo después, en una soberbia ma-

ñana de primavera, los últimos heridos abandonaban la casa de don Nereo Palacios.

— « Gracias, don Nereo ; gracias, patrón ; gracias, mientras viva, » eran las únicas voces que se oían en la casa.

Todos volvían á sus *pagos*, sanos ya, á trabajar de nuevo.

De pronto, apareció Villarreal en la puerta : estaba muy pálido, y como el día que había llegado, llevaba terciado el poncho y anudado un pañuelo en el pescuezo.

Al encontrarse con don Nereo y con su hija, se quedó parado delante de ellos, sin saber qué hacer ; pero luego, dijo con voz muy tranquila : — « Bueno, patrón, ya no tengo qué hacer aquí, yo me voy. Quiero darle las gracias ahora, porque muy seguramente no nos veremos más por el campo, porque cuando un hombre, como yo, pierde un brazo, siempre le queda el otro para concluir de una vez. Adiós, patrón. »

En tanto, Berta, pensando que para que Villarreal se pudiera marchar, era ella quien tenía que abrirle la última tranquera, se deslizó hasta el portón y allí esperó, firme, segura de sí misma, la salida del gaúcho.

Villarreal caminaba muy lentamente, del brazo de don Nereo, como si una pesada an-

cla lo retuviese en aquel hospital de sangre. Al encontrarse con Berta, sólo le pudo decir: — « Muchas gracias ! muchas gracias ! » pero la muchacha lo detuvo decididamente, preguntándole: — « Se va, Villarreal?... » y sin esperar la respuesta, se dió vuelta, mirando á su padre con sus grandes ojos verdes. — « No te parece, papá, que Villarreal debía quedarse?... » y en seguida, como quitándose un gran peso de encima, añadió: — « Es verdad que le falta un brazo, pero es muy honrado y muy valiente. Qué más puede desearse ? Además, tú tienes, papá, bastante campo para él, ¿ no es verdad?... »

Villarreal se quedó ese día, y el siguiente, y muchos más.

Y dicen que poco tiempo después, cuando la paz reinaba venturosa en todas partes, fué muy conmovedor su casamiento con Berta.

La iglesia del pueblo estaba adornada con tiras rojas y con flores, como en los días de gloria, y el buen cura del hospital de sangre, vestido con su sotana nueva, dió la bendición á los esposos, la primera bendición de felicidad, después de tantas veces bendecir la muerte.

CARMELO

CARMELO

En medio del Uruguay existe una isleta de no más de doscientos metros de largo por un tercio de ancho.

El río, inmenso, se abre en dos, dejándola dulcemente entre sus brazos, y el agua clara, transparente, lame las orillas, produciendo un ruido leve de corriente mansa.

Esa isleta se halla ahora abandonada; sólo, de cuando en cuando, los cazadores, ó los leñadores, con más frecuencia aún, arriban á ella, atracando sus botes en una pequeña ensenada del lado Sud, y allí hacen sus almuerzos y duermen sus siestas con la mayor tranquilidad, en paz completa, á la sombra de unos cuantos sauces verdes y flexibles.

Sin embargo, las gentes que habitan aquellos parajes recuerdan todavía que hace muchos años, allá *por los tiempos de las guerras civiles*, vivió en la isleta un hombre de gran fama, á quien llamaban Carmelo.

De cómo llegó Carmelo á habitar en ella, es muy fácil saberlo. En una ocasión, perseguido por varios soldados enemigos, lo *cor-taron* hacia la costa, creyendo rendirlo de ese modo; pero Carmelo se tiró al río, y con su caballo y sus armas arribó á la isleta. La partida dió vuelta, suponiéndolo ahogado, y desde ese día el paisano empezó á vivir tranquilamente en ella.

Carmelo era muy valiente; su fama de *gaúcho probado* había recorrido de un extremo al otro, todo el departamento.

Pero ese valor de raza, tradicional en su familia, había costado mucha sangre: el padre había caído en la guerra y sus dos hermanos cayeron también, combatiendo en filas opuestas, en los campos de batalla. Él mismo se había visto obligado á abandonar su rancho y su trabajo el día de la contienda; y desde entonces, las luchas y las penurias y las fatigas sin descanso habían agobiado el espíritu de aquella estirpe de valientes, destinada á morir, de padres á hijos, con las armas en la

mano. Y así, cuando Carmelo se vió solo en su isleta, alejado de la revolución, en paz, rodeado por el Uruguay enorme y tranquilo, se sintió feliz, jurando y perjurando que nunca más pisaría su tierra, aquella en que se despedazaban hermanos contra hermanos.

Durante esa época fué que la isleta se vió más concurrida: los pequeños barcos que subían y bajaban por el río, solían detenerse allí, y sus tripulantes pasaban las ardientes horas de sol bajo los sauces, en compañía de Carmelo. Á la despedida, le dejaban yerba y tabaco.

Por otra parte, se hicieron muy frecuentes las visitas de paisanos amigos que iban á llevarle noticia de la terminación de la guerra, invitándole á volver *al pago*, para ver de cerca las maravillas que la industria agrícola difundía por toda la campaña.

Pero Carmelo nunca los quiso oír, nada lo seducía; estaba muy bien en su isleta, vivía muy feliz cazando y pescando, y por otra parte, había jurado no volver más á su tierra. . . . Así pasaron cuatro años.

Principiaba el verano del año 18. ., uno de esos veranos ardientes, implacables, en que el Uruguay hierve bajo los rayos del sol; y la isla había quedado desierta otra vez.

Sólo Carmelo seguía habitando en ella, haciendo una vida melancólica y triste, llena de nostalgias, pero siempre firme en su propósito de no volver á *su pago*.

Su naturaleza vigorosa de antes se había resentido mucho. Día tras día, se veía devorado por la fiebre: una fiebre lenta, maligna, que le acometía todas las tardes.

Á la mañana siguiente, estaba otra vez sereno y alegre; pero llegaba la hora de ponerse el sol, cuando su tierra aparecía como una faja oscura envuelta en la bruma, y la fiebre volvía de nuevo con más violencia que la víspera.

En más de una ocasión, ya brillaban las estrellas en el cielo y las lucecitas rojas se movían de un lado para el otro en la costa, y Carmelo estaba todavía de pie, poseído de una especie de *miedo místico*, con los ojos clavados en el horizonte, creyendo descubrir en él algo misterioso.

En los primeros días de Diciembre, hacía seis meses que nadie pisaba la isla. Carmelo empezó á sentirse realmente muy mal. La fiebre subía siempre, y con la fiebre había venido el delirio; un delirio furioso que lo aniquilaba lentamente, robándole sus fuerzas.

Una noche se hallaba, como de costumbre, acostado sobre sus viejas jergas, cuando de

pronto le pareció sentir una descarga del lado de la costa.

Carmelo se incorporó de un salto y salió afuera.

La noche era muy clara: todo estaba tranquilo como siempre; pero allá, del lado del horizonte, se veía el resplandor rojo de un incendio.

El paisano miró fijamente hacia ese lado y dijo sin vacilar: — « Es en los pajonales; » y quedó quieto, callado, con los ojos clavados en el fuego, que, como una víbora, se extendía más y más por los campos. Luego, añadió: — « Ahora, está en las parvas del finado Bentos, » y dijo en seguida: — « Ahora, ha pasado al rancho del pulpero; » y así, á medida que el fuego iba avanzando, Carmelo decía: — « Ahora, en los trigos, ahora, en los galpones de F.... » Pero de repente la cara del gaúcho se puso lívida y su corazón empezó á latir con violencia, y dijo lentamente, apretando los dientes: — « Ahora, está en el rancho de mi madre. . . . todo el caserío. ¡ Pucha, quién será el desalmao que lo incendió! » Y allí se quedó inmóvil, atontado por una nube de recuerdos formidables, recuerdos de lucha y de sangre que le crispaban los nervios y le ponían fuera de sí. . . .

El incendio duró toda la noche. Á la mañana siguiente, cuando hubo salido el sol, las descargas volvieron á sentirse, una, dos, tres veces, al mismo tiempo que un humito blanco se elevaba suavemente del lado de la costa.

La guerra civil había estallado de nuevo.

Carmelo corrió hacia su viejo caballo, que se comía las últimas matas de la isla; lo abrazó y lo acarició, diciéndole afectuosamente, como se le habla á un íntimo amigo: — « Vamos á pelear! »

Una vez ensillado, lo llevó hasta la orilla, le hizo sentir el olor del agua, saltó sobre él rápidamente, con la cara radiante de alegría, febril; le dió un gran espolazo, y hombre y caballo se arrojaron al agua para vadear el Uruguay.

Desde ese día la isleta se halla abandonada, porque el paisano no volvió más. . . .

VISIÓN DE GLORIA

VISIÓN DE GLORIA

I

Aquel día, el hospital estaba de fiesta.

Desde temprano, los grandes corredores blancos, de mármol, aparecieron más relucientes y lustrados que de costumbre.

Los enfermeros iban y venían de prisa, vestidos con sus mejores trajes, y los médicos hacían sus visitas á primera hora para irse á escape á almorzar, antes que la ceremonia diese comienzo.

El gran salón del hospital ya estaba lleno de sillas dispuestas en semicírculo sobre un alfombrado de paño rojo, y en el testero, en una alta tarima, se veía el sitio del presidente

de la Comisión de Beneficencia, colocado bajo las banderas que rodeaban el retrato del fundador de la nacionalidad.

Ese día, se iban á distribuir, en acto solemne, delante de todo un gran público, las condecoraciones conferidas á las Hermanas de Caridad por su valor y abnegación en la última campaña.

Eran dos medallas de oro, varias de plata y una gran cruz. Ésta se la habían discernido á una joven y bellísima Hermana de Caridad, Sor María, la encargada de la sala de los heridos graves.

Ella era el modelo de austeridad y virtud, bendecida por todos en el hospital.

Las palabras de abnegación y sacrificio pronunciadas por sus hermosos labios, llevaban siempre el consuelo á los enfermos que, muchas veces, en la última hora, cuando ya se borran todas las imágenes y el frío intenso invade el cuerpo, escuchaban todavía su voz dulce y tranquila con admiración y encanto, como la de un arcángel enviado por Dios para llevarlos al paraíso.

Durante la guerra, la Hermana María pidió que la dejasen acompañar á un destacamento. Amaba mucho á los soldados, porque su padre había sido militar.

Las balas respetaron su belleza, y cuando volvió de nuevo al hospital á ocupar su puesto en la sala de los heridos graves, trajo luminosa fama.

Quién decía haberla visto en medio del más recio fuego, atendiendo á los caídos y consolando á los moribundos.

Quién contaba haberla observado con una granada encendida entre sus manos, salvando con increíble heroísmo á los heridos de su hospital de sangre.

Y alguno contaba todavía, que allá, en el más terrible de los combates, cerca de la noche, una bala perdida le había dado en la frente: saltaron tres gotas de sangre sobre su blanca toca, pero, al día siguiente, la herida estaba cerrada, su frente había quedado más tersa y marmórea que nunca, y el sol borró con su luz las tres gotas de sangre de su toca inmaculada.

Desde entonces, en el ejército, la creyeron una santa, y cuando la lucha hubo terminado, el gobierno se informó de su heroica conducta y decidió recompensarla con una gran cruz del mérito militar.

La ceremonia no debía verificarse hasta la tarde, pero ya habían concluído los preparativos para darle la más gran solemnidad.

El hospital, siempre silencioso y desierto, se hallaba esa mañana lleno de animación, y hasta el sol, un hermoso sol de invierno que brillaba en un cielo profundamente azul, venía á realzar la fiesta, iluminando el vasto edificio con sus torrentes de luz que entraban por las grandes ventanas abiertas al jardín.

De cualquier punto del hospital se divisa el jardín, con sus plantas siempre verdes y sus flores lozanas y fragantes, puestas allí entre altas paredes, como pájaros enjaulados, para alegrar la vista de tantos enfermos que nunca pueden ver la luz, las plantas y las flores de la naturaleza libre.

Arriba, de manera que se distinga de las galerías del hospital, se halla la estatua de su fundador: tiene la base clavada en la tierra, y por encima de las frescas hojas y de las bellas flores, aparece gloriosamente su busto, con la fisonomía eternamente tranquila, casi sonriente, como para recoger las bendiciones de todos.

II

Pocas semanas antes de la distribución de premios, el médico interno llamó á la Hermana María para ordenarle hiciera pasar á su sala á un joven soldado, herido en el último combate, hacía ya seis meses. Sor María obedeció la orden, y desde ese día el soldado Marcelo Vernet ocupó un departamento contiguo á la sala de los *graves*. No tenía más de veinte años. Una bala le había dado en el pecho, y toda la noche siguiente al combate la había pasado sobre el campo, envuelto apenas en su capote militar, rodeado de cadáveres y agonizando solitario en las sombras; recién, al día siguiente, al salir el sol, fué recogido y curado de primera intención en el hospital de sangre.

Al volver en sí, se encontró en un coche del ferrocarril, hacinado con otros muchos heridos, con las cabezas atadas, ó las piernas rotas, ó los pulmones atravesados, todos macilentos, cadavéricos, respirando con dificultad, en una atmósfera cargada de ácido fénico y yodoformo.

Marcelo no abrió los ojos durante el viaje.

Iba acostado en una angosta camilla, cubierto con su capote hasta el cuello y con el kepis echado sobre la frente. No quiso incorporarse una sola vez para ver el campo, que se deslizaba rápidamente por los costados del tren. Para él, todo había concluído; una de esas balas misteriosas y temibles en que rara vez se piensa al empezar la carrera de soldado, lo había herido en medio del pecho. Al principio, no sintió nada: un golpe seco, frío, rudo, no más; pero al día siguiente, después de la cura, ¡qué dolor hondo y terrible!

En el tren, Marcelo no se podía mover sin aumentar el sufrimiento, y cuando quería respirar con fuerza, porque el aire se le concluía en los pulmones, una bocanada de sangre lo ahogaba.

En su derredor, todos estaban como él, ó tal vez peor que él. No llevaban muchas horas de viaje, cuando un cabo, que se hallaba á su lado, se incorporó de pronto en la camilla, quiso arrancarse las vendas que le cubrían la cabeza, y con los ojos extraviados y la boca abierta, comenzó á respirar penosamente. El médico y los practicantes vinieron á socorrerlo, pero no tardó en morir; lo cubrieron

con su mismo capote y lo cargaron entre cuatro, conduciéndolo á otro coche.

Marcelo miró á su compañero cuando lo llevaban: tenía la faz lívida y la cara cubierta de sangre; sus brazos colgaban inertes, y sus manos ennegrecidas se veían por fuera de las mangas del uniforme. Al soldado le pareció ver en el muerto su espantoso retrato: aquella cara era igual á la suya, sus facciones eran idénticas, y tal vez no tardarían muchas horas en llevarlo á él también, como al cabo, por esa misma puerta, con la faz ensangrentada, los brazos caídos y los ojos apagados y abiertos . . . Entonces, al sentir la muerte tan próxima, que lo rodeaba por todos lados, tuvo un desvanecimiento. No quiso ver nada, cerró los ojos otra vez, oyendo apenas el murmullo sordo del ferrocarril que aumentaba á cada instante su velocidad. Y en su cerebro obscurecido por mil ideas distintas, á cual más abrumadora, surgió el recuerdo de aquel brillante día de sol, cuando el regimiento partió para campaña, de aquella multitud que lo saludaba con sus pañuelos, aclamándolo con delirio, de la voz del coronel que decía: viva la Patria! y del eco de la misma multitud, que respondía lejos ya, cada vez con más entusiasmo: viva la Patria! viva la Patria! Y

en el delirio de la fiebre, se incorporó en su camilla para mirar aquel campo que imaginaba tan alegre y feliz como el día de la partida.

El tren estaba por llegar á la capital, y Marcelo apenas vió una que otra casa gris perdida en la bruma de un horizonte descolorido, iluminado por una luz moribunda, semejante á la del crepúsculo.

De pronto, el ferrocarril se detuvo: entraron varias personas al wagón, y fueron bajando á los heridos.

Marcelo sólo vió, mientras lo llevaban en la camilla, una gran muchedumbre que se agitaba en torno suyo para contemplarlo de cerca, y por encima de todas las cabezas, pudo distinguir en el aire una gran bandera blanca con una cruz encarnada en el centro, que flotaba en lo alto de la locomotora. Dentro de la estación, había mucha gente: algunos se adelantaban á abrazar á los heridos y los otros se descubrían respetuosamente á su paso. Á él, nadie lo abrazó: lo subieron en una ambulancia, y una vez en ella, los caballos arrancaron, al gran trote, para el interior de la ciudad.

Después, ah! después, toda su vida de hospital, una vida miserable y llena de dolores y

amarguras. Le hicieron varias operaciones; pero la bala estaba encajada allí, junto al corazón, y fué inútil todo el esfuerzo.

Pasaron muchos meses llenos de alternativas, y al fin, un día, la Hermana María le vino á decir que el médico interno había ordenado el pase á la sala á su cargo. Marcelo abrió los ojos desmesuradamente. Cómo! él, á la sala de los *graves*! Después de tanto tiempo, en vez de darlo de alta, lo llevaban á aquella horrible sala, en el tercer cuerpo del hospital, de donde no se sale jamás. Pero Sor María le dijo que allá estaría mejor, bajo sus cuidados; que no se iba á separar de su lado hasta verlo sano del todo, con la herida cicatrizada y pronto, otra vez, á entrar en su regimiento, ostentando un nuevo galón en la manga de su uniforme. Y se dejó llevar sin decir una palabra. Allá, en el más alto piso del hospital, se le instaló en una nueva cama: tenía más luz y más aire, y á través de los vidrios, se veía el cielo juntándose en el horizonte infinito con el mar tranquilo y azul.

Los primeros días, Marcelo creyó encontrarse mejor; pero el médico interno que pasaba revista á los heridos, lo veía todas las mañanas á él también, y al retirarse solía ha-

cer un gesto de desagrado, como diciendo: va mal, muy mal.

Sor María era la única que lo consolaba siempre. Pero Marcelo seguía cada vez peor; sus fuerzas declinaban rápidamente y se pasaba largas horas inmóvil, sin poder hablar, mirando á Sor María, subyugado por sus hermosos ojos verdes, siempre tan bondadosos para él.

Á veces, con la fiebre violenta, se exaltaba, maldiciendo su muerte, tan próxima é inevitable; él, que había pensado en una brillante carrera militar; que había soñado mil veces verse allá en los campos enemigos, conduciendo á los ejércitos de la patria; que se creía invulnerable, porque el destino lo había señalado para ser grande y victorioso, morir así, tan joven, en el fondo del hospital, obscuro, ignorado, junto á los miserables recogidos en las calles, á los apuñaleados en riñas vergonzosas, y á los vagos sin nombre y sin hogar! Es verdad que no tenía madre, pero se había entregado del todo á la patria, con su corazón y su sangre; y la desgracia hacía que á los veinte años una bala le tronchase la vida. Ah! pero aquélla no era una bala como las otras, que vienen, derriban y matan: era una bala maligna, vengativa, que la tenía siempre

clavada en el pecho y que lo hacía morir como veneno tomado gota á gota.

Y después, cuando su vida de obscuro soldado terminase, lo llevarían como á todos en el carro del hospital, sin una cruz, ni un galón que distinguiera el uniforme, para atestiguar su inmenso sacrificio por la patria.

La víspera de la distribución de premios, Marcelo ya no pudo hablar más. Á la tarde, se hallaba insensible, con los ojos fijos en la Hermana de Caridad, que no se separaba de su lado. Una respiración fuerte, semejante á un fuelle, levantaba su pecho á cada instante, y á la noche, comenzó la agonía, una agonía prolongada y triste, como había sido toda su vida de hospital.

Al día siguiente, al salir el sol, Marcelo vivía aún y pudo llamar á Sor María para despedirse por última vez y maldecir, ante ella, que había sido su madre, su hermana y al mismo tiempo su amor, la suerte ingrata y horrible que lo hacía morir á los veinte años, ignorado y desconocido por todos.

III

La fiesta había dado comienzo. El salón principal, vistosamente decorado, presentaba un magnífico aspecto. Una concurrencia desbordante ocupaba las sillas dispuestas en anfiteatro, y allá, en el testero de la sala, sobre la alta tarima roja, se veían los miembros de la Comisión de Beneficencia vestidos de frac, de pie, al lado de la gran mesa, donde se hallaban todavía las condecoraciones dentro de sus ricos estuches de terciopelo.

Cuando el presidente comenzó á hablar, se produjo un gran silencio. Hizo el relato de los rasgos valerosos de las Hermanas de Caridad, de sus sacrificios incontables durante la guerra, y de la falta de recompensa de esos actos humildes, que aparecen eclipsados al fin de la campaña por las brillantes hazañas militares. Aquella vez no pasaría así: el gobierno, procediendo con justicia, condecoraba á las Hermanas de Caridad que habían merecido bien de la patria.

El presidente dijo que aquellos nombres que iba á pronunciar los dejaba entregados al

cariño y á la veneración de toda la sociedad, y concluyó haciendo votos por que se conservaran siempre como enseñanza y ejemplo de altísimo valor y de santa abnegación!

Grandes aplausos saludaron el final del discurso; pero, cuando el presidente se levantó de nuevo para leer los nombres de las premiadas, se produjo un silencio profundo.

—María de Valm, encargada de la sala de los heridos graves, gran cruz del mérito militar! dijo una voz majestuosa y solemne.

Y en medio de la multitud que llenaba la gran sala, se vió subir tranquilamente las gradas de la tarima, á la Hermana de Caridad, pálida de emoción, con los ojos bajos y las manos cruzadas sobre el pecho. Todo el público se puso de pie con religioso encanto, fascinado por su soberana belleza. El presidente le colocó en el pecho la brillante condecoración, y entonces, un aplauso delirante y atronador conmovió de un extremo á otro el gran salón.

Después de abrirse paso entre la concurrencia, la Hermana María cruzó los corredores del hospital completamente desiertos, subió á toda prisa la escalera hasta llegar al tercer piso, y una vez en su sala, abrió suavemente la puerta del cuarto de Marcelo Vernet. Allí reinaba un profundo silencio. Toda

la animación y el bullicio del hospital estaban concentrados en la gran fiesta del piso bajo, y á la escasa luz que entraba por las persianas entornadas, se veía la silueta blanca de Marcelo, con el color de la muerte retratado en el rostro y las manos amarillas y descarnadas sobre el pecho.

Un extraño ambiente de calma y de recogimiento llenaba toda la habitación, oyéndose tan sólo de rato en rato la respiración larga y penosa del soldado.

Cuando la Hermana María apareció en la puerta, se había desprendido la condecoración de su hábito. Marcelo abrió los ojos y quiso hablarla todavía, balbuceando apenas algunas palabras confusas. Pero la Hermana se adelantó hacia su lecho con la condecoración brillante entre sus manos, diciéndole en alta voz:

— Esta cruz es tuya! me la han dado para ti!

El soldado se incorporó en un esfuerzo, con los ojos desmesuradamente abiertos. Cómo! Aquella resplandeciente cruz de oro era para él?

Ah! sí, era la recompensa que había esperado y que venía recién á la hora de la muerte. Y su semblante se iluminó de pronto, como

si una alegría suprema é inmensa le llenase el corazón.

Continuó sentado en el lecho, con la cruz entre sus manos y los ojos abiertos, mirándola fijamente. Á ratos, dirigía la vista hacia la Hermana María, diciéndole: « Gracias, gracias, muchas gracias! » y riendo de felicidad ante aquel destello de gloria que venía á alumbrar sus últimos instantes.

Después, fué quedando otra vez inmóvil, rígido, con los ojos abiertos, la cabeza reclinada hacia un lado y los labios contraídos siempre por ligera sonrisa.

Entonces, la Hermana María le colocó cuidadosamente su condecoración en el pecho, y arrodillada al lado de la cama, con las manos juntas y los ojos entornados hacia el moribundo, comenzó á rezar.

Era muy tarde ya, cuando un último rayo del sol, que entraba por los vidrios de las altas ventanas del hospital, alumbró de pronto la habitación de Marcelo, yendo á dar en los pobres vestidos de la Hermana de Caridad; después, fué elevándose lentamente hasta iluminar su toca blanca é inmaculada, formando en torno de sus hermosos cabellos una corona de luz radiante, como la aureola de las vírgenes.

Luego, el cuarto del soldado quedó envuelto en las sombras, y su figura inmóvil, junto á la Hermana de Caridad, se fué borrando con las últimas luces de la tarde.

En el piso bajo, la fiesta continuaba en todo su esplendor, y allá arriba, en el silencio del tercer cuerpo del hospital, sólo se oía la voz de la Hermana María que, arrodillada siempre, rogaba á Dios por el alma del muerto.

FIN

ÍNDICE

—

ÍNDICE

	Págs.
Prólogo de José Enrique Rodó.....	VII
<hr/>	
Marcos Pérez.....	3
En el mar.....	15
Roberto Loth.....	29
El jefe muerto.....	39
Historia de un pescador.....	53
Tower-Ville.....	63
Olaff.....	85
Noche Buena.....	99
El Rey de Nirvalia.....	111
Hospital de sangre.....	121
Carmelo.....	135
Visión de gloria.....	143

ÍNDICE

	Págs.
Prólogo de José Enrique Rodó.....	vii
<hr/>	
Marcos Pérez.....	3
En el mar.....	15
Roberto Loth.....	29
El jefe muerto.....	39
Historia de un pescador.....	53
Tower-Ville.....	63
Olaff.....	85
Noche Buena.....	99
El Rey de Nirvalia.....	111
Hospital de sangre.....	121
Carmelo.....	135
Visión de gloria.....	143

